Los HOMBRES de ALFA

por el PROFESOR HASLEY





2

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

JOSÉ LUIS

LOS HOMBRES DE ALFA

Profesor Hasley

LOS HOMBRES DE ALFA

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

LOS HOMBRES
DE ALF

POR EL
PROFESOR
HASLE

CAPITULO I

HACÍA largo tiempo que los dos hombres permanecían silenciosos. Eran dos hombres jóvenes, al menos en el sentido que en aquellos momentos se daba a la juventud. Hacía muchos años que los progresos de la ciencia médica y las condiciones de vida de lo que fue la Tierra, habían permitido que una vida normal durase trescientos años. Aquellos dos hombres debían estar hacia la mitad del camino de su vida. Uno de ellos era hombre alto, moreno, de mandíbulas cuadradas, que revelaban su gran fortaleza de ánimo. El otro tenía quizás uno menos, de ojos azules y pelo rubio y también en la complexión de su cuerpo y la firmeza de su mirada se adivinaba al hombre de acción. El primero se llamaba Harry, y Chester el segundo.

Aquel silencio entre los dos no era ninguna cosa extraordinaria. El largo viaje que habían emprendido aquellos dos hombres les

había habituado a soportar con paciencia aquellos intervalos de silencio.

Pero en esta ocasión flotaba en el ambiente una pesadumbre que diferenciaba este momento de otros pasados.

—¿En qué piensas, Chester?

—En el profesor Robinson.

—Yo pienso lo mismo.

—Mucho hemos sufrido en este viaje, pero quizás esto es lo más doloroso.

Harry intentó taladrar la obscuridad que envolvía a la poderosa astronave con una mirada aguda de sus ojos.

—Hace media hora lo he visto. No creo que dure mucho tiempo.

Mientras se desarrollaba este diálogo, el *Zodíaco-3* atravesaba el espacio como una flecha impulsada por una fuerza inagotable.

Hacía veinte años que la astronave había emprendido el viaje llevando a bordo los pocos seres que pudieron escapar a la destrucción total de la Tierra. Durante veinte años siguió sin cesar aquel peregrinaje a la desesperada, en busca de un sitio donde poder asentar aquellos seres su planta humana. Poco a poco habían ido pereciendo los ocupantes de la astronave. A pesar de todas las predicciones médicas, no fue posible evitarlo; una extraña y nueva enfermedad, producida por la velocidad constante del aparato, había ido haciendo mella en los más débiles hasta reducir el pasaje a aquellos tres hombres, de los cuales, uno, el profesor Robinson, estaba llegando al final de su jornada.

—Esto es el final, Harry. Una lucha que no había de conducirnos a ningún sitio.

Harry se volvió hacia su compañero con gesto enérgico.

—No me gusta oírte hablar así.

—Pero tú sabes que es cierto.

—Estamos acostumbrados a la lucha, Chester. Es fácil combatir cuando se tiene la victoria al alcance de la mano; los verdaderos luchadores no piensan en la victoria sino en la lucha en sí.

—Discúlpame, Harry, pero la enfermedad del profesor Robinson me ha perturbado.

—Lo comprendo. A mí me sucede otro tanto, pero no debemos dejarnos abatir. Hace veinte años que emprendimos esta marcha. Nuestra astronave dispone de víveres y elementos suficientes para proseguir nuestro viaje durante cien años más.

—En condiciones normales podríamos resistir, pero la velocidad acabará con nosotros mucho antes.

Harry apretó duramente los labios para no tener que dar la

razón a su amigo. Un ligero ruido a sus espaldas hizo que los dos hombres volvieran la cabeza.

—¡Profesor Robinson!

Detrás de ellos, vacilante, se erguía la figura de un anciano de cabeza y barba blanca. La palidez de su cara mostraba claramente el sufrimiento que padecía, y sólo el fulgurante brillo de sus ojos daba una ligera idea del extraordinario espíritu y entendimiento de aquel hombre.

—¿Por qué se ha levantado, profesor?

El profesor Robinson hizo un signo con la mano para apartar los reproches que sabía iban a hacerle.

—Era preciso que os hablara, hijos míos.

—Venga aquí.

—Tiéndase en este diván.

El profesor Robinson, ayudado por Chester, hizo lo que se le ordenaba cariñosamente.

—Es preciso que se cuide, profesor —reconvino Harry.

—Ya es inútil todo cuidado —respondió el profesor.

Chester y Harry se miraron en silencio.

—Yo estoy llegando al final de mi camino —continuó el profesor Robinson—. Durante muchos años hemos sido compañeros en el infortunio y he llegado a quereros como a dos hijos.

—Nuestro cariño es mutuo —dijo Harry.

—Quiero daros un mensaje de esperanza. He estado comprobando los aparatos de control y he detectado la presencia de una masa de materia a un millón de kilómetros del lugar en que nos encontramos.

—¿Es eso cierto? —exclamó Chester.

—Sí, es cierto. No se trata de una alucinación producto de mi enfermedad. Con un poco de suerte llegaréis hasta ese cuerpo celeste que quizás pueda acogeros.

—Está bien, profesor, pero no se esfuerce ahora.

—Es ya todo inútil; sé que me quedan algunos segundos de vida. Dejadme que os mire porque quiero llevarme una grata visión al otro mundo.

Mientras el profesor los miraba, Harry y Chester a duras penas podían contener sus lágrimas.

—No debéis desesperar. Tened la seguridad de que esto es un descanso que estoy deseando hace mucho tiempo.

La cara del anciano adquirió un tinte amarillo-verdoso. Su cabeza, levantada unos segundos antes, fue descendiendo lentamente sobre la almohada de aire.

—Yo… os bendigo… hijos míos.

El anciano quedó inmóvil y Harry y Chester se dieron cuenta de que habían asistido al último suspiro de aquel gran sabio y excelente hombre.

Pasados unos minutos de silencio, Harry fue el primero en reaccionar.

—No tenemos tiempo para lamentarnos, Chester.

—No puedo evitarlo, Harry. Había aprendido a quererlo como a un padre.

—Es cierto, pero nuestro deber nos obliga a intentar salvar nuestras vidas. Ve a la cabina de control y comprueba lo que ha dicho el profesor Robinson.

Chester obedeció las órdenes de Harry y unos minutos después volvió con el rostro iluminado por la esperanza.

— ¡Es cierto, Harry!

—¿Estás seguro de no haberte equivocado?

—Estoy seguro. He comprobado los aparatos y funcionan perfectamente. En cuanto al cálculo matemático lo he hecho por tres sistemas diferentes y con idéntico resultado.

Una luz de satisfacción brilló en los ojos de Harry.

—¿Has podido constatar la naturaleza de ese planeta o lo que sea?

—El espectrógrafo revela una masa de tierra aproximadamente el doble de nuestro planeta, su densidad es la misma que la de la Tierra y su atmósfera se compone de los mismos elementos, con un ligero predominio del oxígeno.

—¿Qué rumbo debemos tomar?

Chester miró los aparatos de control.

—Deriva dos grados al Norte y ya tenemos el rumbo fijado.

Harry accionó los mandos y el *Zodiaco-3* se dirigió hacia su objetivo.

CAPITULO II

LAS horas pasaron con la velocidad de un instante, ante la esperanza que se había suscitado en aquellos dos hombres. La observación minuciosa, de los aparatos de control les indicaba la rápida aproximación hacia aquel misterioso planeta que tan providencialmente se presentaba como término de su tremendo viaje.

Harry, con sus sentidos en tensión, controlaba el vuelo de la astronave, mientras Chester intentaba taladrar con su mirada la eterna noche, en busca de aquel planeta salvador. De pronto un rugido de alegría salió de su garganta.

— ¡Allí, allí! Delante de tus ojos, Harry.

Harry miró en la dirección indicada por Chester y pudo percibir, a lo lejos, un tenue resplandor.

—Es cierto, ahí lo tenemos, Chester. Creí que nunca volverían mis ojos a ver una luz semejante.

—Resulta extraño. No se ve ninguna estrella que dé luz a ese planeta.

—Más bien parece que la luz emanara del mismo.

—¿Cómo te explicas eso, Harry?

—No sé, pero pronto lo vamos a saber.

El aparato se fue aproximando mientras en el corazón de aquellos hombres se confundía un sentimiento de angustia y de esperanza.

Chester volvió a observar los aparatos de control.

—En este momento entramos en contacto con la atmósfera de este planeta.

—¿Qué composición tiene?

—Son iones radioactivos.

—Lo mismo que la atmósfera de la Tierra.

—En estos momentos —continuó Chester que no quitaba la vista de los aparatos de control— aparece el gas helio y el neón.

—No tardaremos, pues, en entrar en la parte más densa de esta atmósfera —repuso Harry.

Ante los ojos de los dos astronautas fue perfilándose el planeta misterioso. La nave había reducido su velocidad y la superficie del

planeta empezaba a mostrarse distintamente ante sus ojos atónitos.

De pronto la nave sufrió un poderoso frenazo que arrojó a los dos hombres contra el suelo.

—¿Qué ha sido eso, Harry?

—No lo sé.

—¿Estás seguro de no haber maniobrado mal?

—Sí, estoy seguro. Es algo inexplicable.

La astronave había reducido su marcha a una milésima. Los dos hombres se miraban sorprendidos, sin comprender lo que sucedía.

—Toca las paredes de nuestro aparato, Chester.

—¡Están calentándose!

—¿No te parece absurdo que suceda esto cuando precisamente la velocidad del aparato ha disminuido tanto?

—Sí que es sorprendente.

—Por otro lado —continuó Harry— la velocidad de caída es constante.

—¡Pero eso va contra todas las leyes físicas, Harry!

—Eso es lo que me sorprende.

—Si el aparato fuera sin control, la velocidad de caída se aceleraría constantemente.

El problema resultaba insoluble para los desconcertados viajeros, pero no así para unos hombres que, desde el interior de una cabina, controlaban el aterrizaje del *Zodíaco-3*.

—Dirigid el aparato hacia la pista de aterrizaje número cinco —ordenó el que parecía mandar aquel grupo de hombres.

—¿Quiénes pueden ser los tripulantes de esa astronave?

—No sé —respondió un tercero que observaba atentamente una pantalla de cristal en la que se veía con toda claridad la imagen del *Zodíaco-3*.

—Es preciso comunicar al Gobierno General la presencia de este aparato —dijo el jefe del grupo— No cabe más que una explicación: los hombres de Alfa han conseguido burlar nuestra vigilancia. Roy, prepara un grupo para la captura de los tripulantes de ese aparato.

—De acuerdo, jefe —respondió el aludido, mientras se dirigía hacia la puerta de salida para cumplir la orden.

—El aparato está ya listo para aterrizar —dijo otro de los hombres allí reunidos.

—Hazlo aterrizar y procura que no se estropee. —ordenó el jefe.

El aludido comenzó a manipular una serie de complicados aparatos que tenía ante sí.

* * *

Harry y Chester no salían de su asombro. El *Zodíaco-3* había aterrizado felizmente en una gran explanada.

—Estoy aturdido, Harry.

—Algo parecido me sucede a mí.

—Por fin, vamos a poder pisar tierra firme. Te aseguro que pienso andar en línea recta durante tres días sin detenerme un minuto.

—No sé si la gimnasia reglamentaria que hemos hecho durante todos estos años nos habrá mantenido en forma, pero te aseguro que pienso dar cabriolas como si fuera un chico.

—¿Salimos? —preguntó Chester.

—¿Has comprobado las circunstancias físicas del exterior?

—Son normales.

—Entonces, vamos allá —dijo Harry mientras accionaba un resorte que ponía al descubierto y en disposición de funcionar el pequeño ascensor de la astronave.

Los dos hombres se situaron en la pequeña plataforma del ascensor y pulsaron el botón que los iba a conducir a tierra firme.

Cuando se detuvo el ascensor, abrieron la puerta de acceso y un suave soplo de aire les acarició la cara. Luego salieron y aspiraron profundamente mientras entornaban los ojos y agradecían con el pensamiento al Todopoderoso el supremo bien que acababa de concederles.

Pero poco tiempo debía durar aquella dicha que les invadía.

Al amparo del propio cuerpo del *Zodiaco-3* un grupo de hombres extrañamente ataviados vigilaban a los dos viajeros. A una señal de su jefe se abalanzaron sobre los dos amigos.

—¿Qué demonios es esto? —masculló Chester.

—¡Bonita forma de recibir a unos forasteros! —dijo Harry, mientras lanzaba a unos metros de distancia a uno de sus atacantes, con el impacto de su poderoso puño.

La lucha fue encarnizándose por momentos. Harry y Chester se defendían bravamente utilizando hasta el máximo la fuerza de sus acerados músculos, pero se impuso el grupo atacante debido a la gran desproporción existente.

Harry y Chester se encontraron aprisionados bajo el cuerpo de sus enemigos y poco después sintieron el leve pinchazo de una aguja hipodérmica que los dejó inconscientes.

CAPITULO III

HARRY y su amigo se despertaron de un profundo sueño. No tenían idea de cuánto tiempo había transcurrido desde el momento de su captura.

—Oye, Chester, ¿cómo te encuentras?

Chester se incorporó.

—Estoy bien, Harry, ¿y tú?

—Me encuentro como nunca. Creo que me hacía falta una buena pelea.

—¿Tienes idea de donde nos encontramos?

—Exactamente la misma que tú. Sólo recuerdo una legión de endemoniados seres cubiertos de pies a cabeza con una extraña vestidura.

—¿Te has fijado en esto?

Harry miró en derredor suyo y comprendió el motivo del asombro de Chester. Se encontraban en una gran habitación iluminada indirectamente y maravillosamente equipada. Muebles y utensilios de caprichosa y elegante forma se repartían por la estancia. Ellos mismos se encontraban sobre sendos colchones de una materia compacta pero deliciosamente suave.

—Querido Chester —dijo Harry en tono jovial— la primera parte del recibimiento no ha sido un modelo de cortesía, pero te aseguro que nuestra instalación es una verdadera obra maestra. Empiezo a sospechar que hemos sido muy afortunados.

—No estoy muy seguro de eso. Tengo una contusión en la nariz que me hace mostrarme receloso en cuanto a nuestros huéspedes.

—Te aseguro que estoy contento. Hemos encontrado un lugar habitable cuando ya desesperábamos de ello; tenemos compañía de seres humanos y por lo que podemos observar, se trata de gente civilizada.

—En todo eso tienes razón, pero espera a que veamos cuales son sus intenciones. Quizás es gente que no les guste recibir visitas.

Harry lanzó una alegre carcajada.

—En todo caso no tendrán más remedio que recibirla, porque te aseguro que no pienso dejar que me echen de aquí.

—En eso estamos de acuerdo. Cuando nos sorprendieron

estábamos desprevenidos, pero ahora te aseguro que no quedarán muy contentos de mí los que pretendan sacarme de esta cómoda habitación, a no ser que quieran llevarme a cenar a algún restaurante donde, eventualmente, podamos encontrarnos con alguna bella ciudadana.

Harry rió la salida de Chester.

—Creí que con el viaje habías perdido tus hábitos de conquistador.

—No, querido Harry, si acaso se han incrementado. Puedo asegurarte que, si quien gobierna este país es una dama, me verás muy pronto sentado a su lado y dirigiendo los destinos de estos alegres muchachos.

—Así me gusta oírte hablar, Chester. Ahora dediquemos un poco de atención a la situación en que nos encontramos.

—Creo no cometer ningún error si te digo que nos encontramos prisioneros.

—Yo así lo creo. Nuestra jaula es de oro, pero jaula, al fin.

—Cuando vivíamos en la Tierra recuerdo que solías tener solución para todas las cosas, Harry, ¿qué se te ocurre ahora?

—Creo que no podemos hacer nada. Lo mejor será que esperemos con paciencia a que nuestros posibles enemigos se presenten.

—¿Y si sus intenciones son malas?

—No tenemos más remedio que correr ese peligro, pues de nada nos serviría el escaparnos, en el problemático caso de que lo consiguiéramos.

Forzados a la espera, los dos amigos continuaron su charla haciendo conjeturas sobre la situación que les depararía el destino en un futuro próximo. Algunos ruidos en el exterior de la estancia les pusieron en guardia.

—¿Has oído, Harry?

—Me parece que vamos a tener visita. Disponte a recibirlos bien, Chester.

Los dos hombres al unísono se pusieron a buscar por la habitación algo que pudiera servirles de arma contundente para el caso en que tuvieran que luchar. Luego, se apostaron uno a cada lado de la puerta de entrada y esperaron.

Al abrirse la puerta, dio paso a dos hombres que apenas si tuvieron tiempo de percatarse del recibimiento que les esperaba. Como impulsados por una catapulta, Harry y Chester cayeron sobre ellos golpeándolos fuertemente con los objetos que esgrimían como mazas en sus poderosas manos. Los dos hombres se desplomaron en

el suelo sin conocimiento, pero la victoria de los dos amigos fue efímera. Una avalancha de hombres cayó sobre ellos inmovilizándolos y arrastrándolos hacia el fondo de la habitación. Fue inútil el forcejeo que intentaron los terrestres, pues sus enemigos, ya prevenidos, no aflojaron la presión que ejercían sobre ellos. Una voz se dejó oír en la puerta:

—¡Dejadlos!

Los hombres obedecieron automáticamente la orden y Harry y Chester, magullados y con la ropa en desorden, se pusieron de pie.

En el dintel de la puerta había un hombre de edad avanzada. El porte majestuoso y su despejada frente indicaban claramente que se trataba de un hombre excepcional; su voz era suave y grave y se expresaba en correcto inglés.

—¿Quiénes sois y de donde venís? —preguntó suavemente.

—Por ahí debíamos haber empezado —contestó Chester airadamente.

—No hemos venido en son de guerra —dijo Harry—, Nuestra historia es larga y nuestra desdicha mucho mayor. Quienquiera que seas te rogamos nos consideres gente de paz.

El anciano volvió a tomar la palabra.

—¡Una serie de equívocos nos ha conducido a iniciar nuestras relaciones en forma violenta, pero quiero que sepáis que no os deseamos ningún mal, extranjeros.

El anciano hizo una seña a los numerosos hombres que llenaban la estancia y rápidamente fueron saliendo todos. Luego invitó a los terrestres a que se sentaran y él tomó asimismo asiento junto a ellos en un gesto de paz.

—Comprenderéis, extranjeros, que vuestra llegada ha sido sorprendente. Por un momento creímos que erais enemigos nuestros; que pertenecíais al pueblo de Alfa. La descripción que nos hicieron de vosotros vuestros aprehensores y un control a distancia de vuestra constitución orgánica nos ha revelado que no es así, por ello hemos llegado a la conclusión de que no pertenecéis a nuestro planeta y vuelvo a preguntaros: ¿Quiénes sois; de dónde venís?

Harry hizo un sucinto relato de sus aventuras y desventuras. De cómo la Tierra había sido destruida por el impacto terrible de un cometa. De cómo un grupo de hombres de ciencia habían conseguido construir el *Zodíaco-3* para huir déla Tierra antes de que sucediera tamaña catástrofe, y por último, el largo peregrinar en el vacío en busca de un mundo donde posar sus plantas.

El anciano atendía profundamente interesado la explicación de Harry.

—Es maravillosa vuestra hazaña —fue el comentario al relato de Harry.

—Queremos suplicarte que nos permitas vivir en paz con vosotros.

—Nada tenéis que temer por nuestra parte y esperamos que en vuestra civilización no haya sido abolida la generosidad —dijo Chester.

—Ten la seguridad de que es así, extranjero. Os encontráis en Togur, que en nuestra lengua quiere decir Solitario; así llamamos a nuestro planeta. Hace millones de años se desprendió del sistema solar a que pertenecía y desde entonces vaga por el espacio infinito en su soledad majestuosa. Nuestro pueblo es un pueblo pacífico y creemos poder estar orgullosos de nuestra civilización. Desde ahora podéis consideraros como dos ciudadanos más del pueblo de Togur, con los mismos derechos y deberes que los demás.

—Gracias —dijo Harry conmovido—. Estoy seguro de que jamás os arrepentiréis de habernos dado esta oportunidad de subsistir.

—Una cosa me sorprende —dijo Chester.

—Ya lo sé —dijo el anciano—. Te sorprende que yo hable la misma lengua que tú, ¿no es así?

—Sí, esa era la pregunta que iba a hacer.

—Cualquier hombre de nuestro pueblo sería capaz de hacerlo.

—¿Cómo es posible que hablen ustedes el inglés, igual que lo hacemos nosotros?

El anciano sonrió.

—Comprendo que sea sorprendente para vosotros, pero más sorprendente será cuando os diga que es la primera vez en mi vida no sólo que hablo esta lengua, sino que conozco su existencia.

—¡¿Que usted no sabía que existiera el inglés y lo habla a la perfección?! —no pudo menos de comentar Chester.

—Así es —replicó el anciano con una sonrisa—. No quiero sorprenderos por más tiempo y voy a explicaros en qué consiste este fenómeno. Nuestro pueblo es un pueblo mucho más evolucionado que el vuestro. Las medidas que hemos hecho de vuestras ondas cerebrales nos lo han revelado. De tal forma hemos evolucionado mentalmente que cualquier cultura inferior a la nuestra es asimilada espontáneamente por nuestro cerebro con el sólo hecho de estar presente. En estos momentos yo podría deciros cuál ha sido el desarrollo, no sólo de la civilización, sino de su historia, de sus progresos científicos y do su manera de ser, como puedo deciros que tú te llamas Harry, y tú, Chester.

—¡Es lo más extraordinario que he oído en mi vida! —comentó

Chester.

—¿Y cómo sabiéndolo ustedes nos han recibido tan… digamos poco amablemente? —preguntó Harry.

—Al principio no sabíamos a qué atenernos, pues nuestras facultades mentales sólo proceden según os he dicho cuando se encuentran en la inmediata proximidad de otros seres, os decir, a la distancia de unes pocos metros. Cuando me he sentado junto a vosotros ha estado todo claro para mí.

La conversación entre los tres hombres continuó durante varias horas, de modo que Harry y Chester pudieron conocer las generalidades más importantes de aquel planeta que se había convertido en su nuevo hogar.

Cuando pasó este tiempo, el anciano se levantó con una sonrisa en los labios.

—Por ahora podéis consideraros nuestros huéspedes de honor; cuando os hayáis habituado a nuestra forma de vida se os utilizará en el trabajo en el cual estéis más capacitados. Uno de nuestros hombres estará a vuestro servicio para serviros de guía en nuestro planeta. Yo, Acrón, os doy la bienvenida en nombre de nuestro pueblo.

Ya iba a retirarse el anciano cuando interrumpió su ademán y se Inmovilizó con gesto de escuchar algún ruido lejano.

—¿No oís nada?

—Parece como si se oyera una nota lejana parecida a la campanada de un inmenso reloj cuyo eco no se extinguiera —dijo Harry.

Una gran palidez invadió el semblante del anciano.

—¡Son nuestros pobres hermanos! ¡Los hombres de Alfa!

En este preciso instante se abrió la puerta con cierta violencia y uno de los hombres que esperaba fuera gritó con la cara desencajada:

—¡Acrón, los hombres de Alfa!

El anciano salió apresuradamente de la habitación y la puerta se cerró tras él.

CAPITULO IV

DURANTE algunas horas Harry y Chester quedaron solos en la habitación. Aquel ruido lejano semejante a una inmensa campanada de reloj, que tanta conmoción había promovido entre los hombres de Togur, seguía vibrando en el aire interminablemente.

Al principio las dos hombres se quedaron sorprendidos, luego, decidieron permanecer en la habitación al objeto de no entorpecer la acción de aquellos hombres que tan excitados parecían estar.

Pero el tiempo fue pasando y la paciencia de los dos amigos agotándose. Una minuciosa búsqueda por las paredes de la habitación les hizo dar con unas ventanas circulares disimuladas bajo una cubierta. A través de la materia transparente que cerraba las ventanas pudieron darse cuenta de que se encontraban sobre un pequeño montículo, a cuyos pies se extendía una inmensa ciudad cuyos extraños y maravillosos edificios se alineaban en calles circulares concéntricas. Ni un vehículo, ni un ser humano, ni un animal turbaba la inmensa soledad de aquellas calles.

—¿No te sorprende que no veamos a nadie, Harry?

—Algo muy grave debe suceder. Ten la seguridad de que esa ciudad no se ha construido para estar deshabitada.

—¿Y dónde diablos se han metido sus habitantes?

—Probablemente están dentro de las casas. Debe haberse dado una especie de queda prohibiendo el tránsito por las calles.

—¿Qué habrán querido decir con eso de los hombres de Alfa?

—No lo sé. Hubo un momento en que Acrón iba a hablarnos de eso durante nuestra conversación, pero recordarás que nos dijo que lo haría en otra ocasión.

—Sí, lo recuerdo. Parece como si temieran a esos seres.

—Lo que más me sorprende, Chester, es que Acrón habló de: «nuestros pobres hermanos de Alfa».

—Te aseguro que pensaba llevarme alguna sorpresa en cuanto aterrizamos en este planeta, querido Harry, pero nunca pensé que fueran tantas y tan continuadas.

Harry se volvió hacia Chester y su apretada mandíbula indicaba que había tomado una decisión.

—Vamos a salir de aquí.

—¿Estás seguro de que es lo más prudente?

—No quisiera estorbar la acción de estos hombres, Chester, mas pienso que si se encuentran en un apuro tal vez podamos ayudarles en algo.

—Si tú lo dices tendrás razón, Harry, aunque no comprendo de qué forma podemos serles útiles a unos seres infinitamente superiores a nosotros.

—¿Olvidas que fuiste general de los Comandos Interplanetarios durante tu vida en la Tierra?

—No lo olvido, como no olvido que en aquellos tiempos eras tú el máximo especialista en la construcción de naves siderales, pero esta buena gente nos da ciento y raya en todo; estoy seguro.

—De cualquier modo que sea, vámonos.

La resistencia de Chester fue vencida y los dos hombres se encaminaron hacia la salida de la habitación. La puerta se abrió sin el menor esfuerzo y desembocaron en un pasillo al fondo del cual, y por una amplia escalera, bajaron al vestíbulo de la casa. En todo su recorrido, como así mismo en la búsqueda que iniciaron después, no pudieron encontrar a ningún ser humano.

—Cada vez me gusta esto menos, Harry.

—Desde luego no es muy divertido, Chester.

Los dos hombres abrieron sin dificultad una gran puerta que les dio acceso a un enorme y magníficamente cuidado jardín que envolvía la casa. Una suave luz azulada que parecía descender de la atmósfera iluminaba dulcemente todo aquel paraje. Harry y Chester comenzaron a andar entre los árboles intentando encontrar una salida que les condujera hasta la silenciosa ciudad que se encontraba a un kilómetro de distancia.

Pero los dos amigos no estaban solos. A muy pocos metros de distancia, un grupo de cinco hombres extrañamente ataviados y con la cabeza revestida por una escafandra transparente, se ocultaba entre los árboles mientras dejaban aproximarse a los dos terrestres.

Harry y Chester llegaron, completamente desprevenidos, al lugar donde se escondían aquellos misteriosos seres. A una señal del que parecía mandar el grupo, los cinco hombres se abalanzaron sobre los dos amigos.

—¡Ya comenzamos de nuevo! —comenzó Chester mientras hacía rodar por el suelo a uno de sus contrincantes gracias a una hábil zancadilla.

—¡Que me den una ducha de ácido sulfúrico si lo entiendo! —respondió Harry, que tenía atenazado a uno de sus atacantes con una poderosa llave.

La lucha entre los siete hombres continuó durante algunos minutos. Harry consiguió dejar fuera de combate a su adversario más inmediato y poco después otro de los atacantes caía fulminado por un poderoso puñetazo en la mandíbula. Un grito a su lado le hizo volverse al tiempo de ver como Chester se desplomaba en el suelo a consecuencia de un fuerte golpe recibido en la cabeza. Harry intentó acudir en su ayuda pero uno de sus atacantes aprovechó la ocasión para derribarlo de un golpe en la cabeza atizado con un pesado instrumento metálico que llevaba en la mano. Una nube roja cegó los ojos de Harry: sintió como se le doblaban las rodillas e intentó desesperadamente erguirse, pero un nuevo golpe le hizo rodar por el suelo sin conocimiento.

CAPITULO V

CUANDO Harry volvió a recobrar el conocimiento se encontró de nuevo en una habitación desconocida. Después de la primera impresión volvió a cerrar los ojos para ahuyentar la confusión de ideas que había en su mente. Se encontraba tumbado y le dolía la cabeza atrozmente. Pasados algunos segundos, levantó lentamente su mano hasta tocarse la parte posterior de la cabeza donde notó las huellas de los dos poderosos golpes que había recibido.

No conseguía comprender lo que había sucedido. Otra vez habían sido atacados por unos desconocidos seres, totalmente recubiertos por sus extraños ropajes. Lentamente fue incorporándose y el afluir de la sangre a su cabeza le hizo sentir un mareo; luego, abrió los ojos. Instintivamente buscó con la mirada el cuerpo de Chester, pero su corazón se sobresaltó entre sorprendido y angustiado al poder comprobar que se encontraba solo.

La habitación no se parecía en nada a la que había sido su primer alojamiento en Togur. Se trataba de una pequeña estancia de seis metros de largo por cuatro de ancho y menos de tres metros de alto. Ni un mueble ni ningún detalle rompían la monotonía de aquel vacío.

Las paredes tenían una apariencia extraordinariamente maciza y estaban construidas con un duro material de color negruzco.

Harry tomó alientos durante unos minutos y por fin se puso de pie.

Ya más dueño de sus actos comenzó a palpar minuciosamente las paredes y el suelo de la habitación en busca de un resquicio, una rendija o algo que pudiera hacerle sospechar la presencia de una puerta, pero su búsqueda fue inútil. Parecía como si se encontrara en el interior de un gran bloque de aquella materia negruzca sin que hubiera entrado allí por puerta alguna. De nuevo inspeccionó centímetro a centímetro toda la superficie que se encontraba a su alcance y de ninguna manera encontró solución al enigma.

Cansado y desesperado se sentó en el suelo, apoyó la espalda en la pared y cerró los ojos. Sobre todas sus desdichas, le parecía la mayor la pérdida de Chester: ¿Qué habría sido de su amigo? ¿Habría sido hecho prisionero como él lo estaba? ¿Quizás lo

habrían matado sus asaltantes?

Las preguntas se sucedían en su mente y un profundo desaliento se fue apoderando de él.

Le sorprendía aquella forma desconcertante de ser tratado por parte de los habitantes de aquel planeta. El recibimiento había sido violento; luego, el gesto amistoso de aquel hombre, Acrón, que parecía ser sincero. Por último, aquella alarma y de nuevo la lucha y la prisión.

Harry no había tenido tiempo todavía de conocer aquel pueblo y pensaba cualquier cosa de él.

¿Sería posible que existieran unos hombres que actuaran con reacciones diametralmente opuestas, que lo que era al principio una palabra y un gesto amistosos se convirtiera, pocos segundos después, en una actitud hostil y deplorable? Realmente no sabía que conclusión sacar. Las condiciones en que se encontraba eran mucho peores en la actualidad que aquéllas que habían precedido a esta situación. La misma habitación donde se encontraba mostraba claramente la hostilidad de quienes le habían metido en ella.

Durante varias horas siguió el curso desalentado de sus pensamientos. Luego, el cansancio y el hambre fueron haciendo que se abandonara y, reclinado contra la pared, comenzó a dormirse. Dos o tres veces intentó reaccionar para recibir despierto cualquier noticia o cambio de situación; por último, se tendió en el centro de la sala y rápidamente se quedó dormido.

En esta situación estuvo durante más de una hora sin que aconteciera nada. Su sorpresa hubiera sido inmensa de poder observar cuanto sucedió poco después. Un sordo silbido, que venía del exterior de aquel recinto, comenzó a tomar cuerpo y crecer. La temperatura fue subiendo insensiblemente. Las paredes comenzaron a calentarse y, poco después, un resplandor, una luz difusa las atravesaba. La luz fue creciendo hasta que las paredes se convirtieron en material transparente. Desde fuera, la habitación era simplemente un bloque de ocho metros de largo por seis de ancho y cinco de alto, es decir, las paredes de aquel bloque tenían dos metros de espesor, sin embargo se habían convertido en algo tan diáfano y transparente como el cristal.

Rodeaban este bloque un grupo de seres de apariencia humana, pero con los ojos fosforescentes, los cuales observaban con atención al prisionero. El que parecía mandar el grupo hizo una señal y dos servidores acercaron un extraño aparato a una de las paredes. De este aparato sobresalía un elástico tubo, de una materia parecida a la goma y de unos diez centímetros de diámetro, al extremo del cual

había una ventosa de unos veinte centímetros de diámetro que se adaptó a la pared. Inmediatamente, en una pequeña pantalla de registro comenzó a marcarse el ritmo del corazón de Harry. Nuevas órdenes del jefe y nuevos aparatos con las ventosas correspondientes fueron conectados a los muros de la habitación. Un grupo de tres hombres observaba atentamente las manifestaciones del aparato de registro, tomaban notas y hacían cálculos y operaciones. La cosa duró alrededor de veinte minutos. Luego, a una nueva orden del jefe se desconectó un potente reflector que inundaba de luz el bloque donde se encontraba prisionero Harry y las paredes fueron recobrando su pesadez hasta convertirse de nuevo en aquella materia negruzca y de tan sólida apariencia.

Cuando Harry abrió los ojos habían pasado varias horas. El hambre le atenazaba el estómago y una sensación de náuseas le subía a la garganta. Su situación le parecía cada vez más desesperada.

Por un momento llegó a pensar que lo habían metido allí dentro quizá para condenarlo a morir de hambre. Tal vez aquello fuera su propia tumba. De pronto, empezó a escuchar un leve rumor, rumor que fue creciendo por segundos. Aguzó bien el oído e intentó localizar el lugar de donde venía aquel rumor; se trataba de la pared que estaba a su derecha. El ruido iba creciendo. De pronto, un chasquido perfectamente claro se escuchó en aquella pared. Lentamente comenzó a retroceder un círculo del muro que tendría unos dos metros de diámetro. Harry retrocedió hasta situarse en la pared contraria. Aquel inmenso bloque de aquella materia negruzca fue saliendo hacia el exterior, dejando una puerta abierta.

Por un momento, estuvo tentado de salir disparado en aquella dirección y enfrentarse con cualquiera que fuese que lo esperara a la otra parte, pero en la superficie exterior de la pared había una especie de cortina luminosa, cuyo fulgor le daba la sensación de una poderosa cortina eléctrica. Esto le impedía de todo punto la salida.

Los segundos pasaban angustiosamente… ¿Qué es lo que iba a suceder?

Unos seres ataviados extrañamente, con las mismas ropas que los seres que lo habían atacado cuando salió de la mansión que les había designado Acrón, penetraron en la habitación. Entraban de dos en dos y en su actitud se veía la desconfianza y el alertamiento para entrar en acción si es que el prisionero intentaba atacarles. En sus manos llevaban un pequeño artefacto a manera de pistola que, por su forma de esgrimirlas, podía deducirse que se trataba de

armas.

Harry los vio entrar y por un segundo quedó en suspenso; pero la actitud de aquellos hombres le decidió a emprender la acción antes de que ellos pudieran tomar su decisión. Incorporándose bruscamente y tomando impulso en la pared que tenia a su espalda, salió disparado como una centella en dirección a los hombres que acababan de entrar. Uno de ellos, enfocó hacia Harry la especie de pistola que llevaba en la mano y el impulso de éste quedó cortado en el aire abatiéndole contra el suelo. Un haz de luz rojiza lo envolvía y Harry pudo percatarse sorprendido de que estaba incapacitado para hacer todo movimiento. El hombre siguió apuntándole con el arma, mientras los demás se apartaban para dejar paso a un nuevo personaje. Este entró con gesto autoritario y miró a Harry que estaba caído en el suelo.

Durante unos segundos pareció concentrarse. Luego habló:

—Te advierto que es peligroso intentar rebelarse. Te encuentras paralizado por el arma de uno de mis hombres. La próxima vez que intentes atacarnos, la potencia de este arma será infinitamente superior y te producirá la muerte en unas décimas de segundos.

Luego que hubo dicho esto se arrodilló cerca de Harry procurando que ninguna parte de su cuerpo entrara en contacto con el haz de luz que tenía paralizado a éste. Durante varios segundos estuvo escrutándole detenidamente. Los ojos, ligeramente fosforescentes de aquel hombre, parecían intentar taladrar con una mirada maligna y profunda los secretos que pudiera encerrar aquel ser. Luego, levantó los ojos y pronunció un nombre:

—¡Talo!...

Uno de los hombres del grupo se destacó hasta situarse a su lado.

En un extraño idioma se inició el siguiente diálogo:

—¿Esté preparado el informe?

—Sí, Amán, lo tengo listo.

—Y, ¿qué hay?

—Su capacidad pulmonar es semejante a la de los hombres de Togur, pero su ritmo de respiración un tercio más acelerado. Asimismo, el riego sanguíneo se produce a una mayor velocidad que el de los hombres de Togur. Su capacidad muscular es un tercio inferior y su tensión distinta a la de estos hombres.

—Está bien, Talo.

Luego, el llamado Amán se dirigió nuevamente hacia Harry:

—Espero —dijo en correcto inglés— que te haya servido de lección la situación en que te encuentras. Si intentas nuevamente

algo contra nosotros perecerás.

Hizo una señal al hombre que apuntaba con su arma a Harry que aflojó un resorte y el rayo de luz dejó de producirse. Harry sintió como le volvía la capacidad de moverse. Lentamente se puso en pie.

Amán so dirigió de nuevo a sus hombres en su idioma.

—Traed el traje para este ser.

Dos de ellos se destacaron del grupo y pusieron a los pies de Harry un traje semejante al que llevaban los recién venidos.

—¡Póntelo! —ordenó Amán.

Harry comprendió que no era el momento para intentar luchar contra aquellos hombres. Por lo tanto, decidió obedecer. Se trataba de un sencillo traje de dos piezas. Una consistía en una especie de mono que cubría desde el cuello hasta los pies; la otra pieza era una pequeña escafandra de tipo esférico que se ajustaba perfectamente, pero sin tornillos ni tuercas, a un aro que había en el cuello del traje. Harry creyó deducir que la conexión se hacía por medios magnéticos.

Ayudado por los hombres que le habían entregado el traje, Harry se atavió y, rápidamente, a una señal de Amán, se inició el desfile hacia el exterior en dos filas, en medio de las cuales iba Harry.

Cuando llegaron al boquete abierto por el círculo que había sido despejado en la pared, Harry vio a los que lo precedían atravesar aquella extraña cortina luminosa que cubría el boquete sin sufrir el más mínimo menoscabo. Esto le tranquilizó y siguió andando hasta atravesar él mismo la cortina.

Cuando se encontró en el exterior volvió a desconcertarse. Caminaban por un sitio totalmente oscuro, solamente iluminado por el ligero resplandor de las escafandras que llevaban todos y que servían para iluminar el mínimo espacio indispensable para no tropezar entre sí o dar un traspiés.

La comitiva caminó en silencio durante unos minutos. Cuando Harry se hubo acostumbrado un poco a la oscuridad, pudo percatarse de que caminaban por unos túneles de unos diez metros de ancho por unos ocho o nueve de alto. De vez en cuando desembocaban en una plaza circular para volver a introducirse en otro de estos túneles. Muchas veces miró a sus secuestradores fugitivamente, llenándole de sorpresa ver sus ojos fosforescentes a través de la materia transparente de las escafandras. La marcha continuó en silencio hasta que, por fin, desembocaron en una inmensa plaza de unos seiscientos metros de diámetro.

En el centro de la misma se levantaba un edificio completamente cúbico, cuya fachada tenía unos veinte metros y la altura sería de unos doscientos. Ante la puerta principal del edificio se detuvo la comitiva.

Amán se volvió hacia Harry y le habló a través de la escafandra sin que ésta ni la que llevaba Harry fueran obstáculo ninguno para entenderse perfectamente.

—Prepárate —dijo Amán—. Vas a ver al Oran Nicrón. Ten en cuenta que todos mis hombres estarán apuntándote con sus armas. Supongo que no intentarás ni el más ligero movimiento de hostilidad.

Harry apartó los ojos de la mirada maligna de aquel hombre, dando a entender que estaba dispuesto a la obediencia.

La comitiva se introdujo por la gran puerta y comenzó a subir unas amplias escaleras.

CAPITULO VI

UN grupo de hombres y mujeres, vestidos de una manera que recordaba vagamente la de los médicos de la Tierra, esperaban en actitud expectante bajo la luz difusa de aquella habitación.

Un emisario llegó, diciendo:

—¡Pronto! —exclamó—. Luz antiséptica.

Uno de aquellos hombres dio a un conmutador y la amplia habitación se llenó de una luz amarillenta. Poco después varios hombres entraban en la habitación, llevando a Chester sin sentido entre sus brazos. El que parecía ser el jefe de aquel grupo hízoles una seña con gesto sereno. Chester fue colocado en una mesa de operaciones. Le dieron una vuelta al herido y, ante los ojos de los allí reunidos, apareció una gran herida en la parte posterior de la cabeza, de la cual manaba abundante sangre.

El cirujano jefe, pues no era otro el que dirigía aquel grupo de seres, dio una orden y otro de sus ayudantes se acercó con un pequeño aparato en las manos. Tras observar unos segundos la herida lo enfocó y un débil rayo de luz verde recorrió varias veces la herida de Chester.

—Está hecha la asepsia —dijo el hombre al cirujano.

—Bien. Tomen la tensión sanguínea. Midan el volumen total de sangre que contiene su cuerpo.

Varios de los ayudantes realizaron estas operaciones con extraños aparatos.

—Ha perdido alrededor de litro y medio —dijo el encargado de este servicio.

—La tensión ha disminuido y es convergente —dijo otro.

—Está bien —contestó el cirujano—. Háganle una transfusión por ósmosis.

Otro de sus ayudantes trajo hasta el lado de la mesa un pequeño cochecillo, en el cual había un depósito como de unos cinco litros de capacidad lleno de sangre. Luego, alargó un tubo con una ventosa y lo aplicó sobre la arteria yugular de Chester; dio a un conmutador y la sangre, filtrándose a través de la piel y de las paredes de la arteria se incorporó al aparato circulatorio del herido.

El cirujano miraba a la pantalla de control del aparato.

—¡Basta! —ordenó.

Luego, se dirigió a su primer ayudante:

—Tejidos artificiales para el herido. De no hacerlo así, tardarla mucho en sanar.

Otro pequeño cochecillo fue acercado a la masa en que estaba tendido Chester y el jefe de cirugía cogió de un recipiente ancho y poco profundo un extraño tejido que aplicó sobre la herida de Chester.

La operación continuó durante veinte minutos. El cirujano actuaba con manos ligeras, tan pronto cauterizando como cosiendo. Al cabo de este tiempo se irguió con un gesto de satisfacción.

Volvió a comprobar su tensión y el riego sanguíneo.

—Está bien —dijo—, oxigénenle la sangre y denle un masaje cerebral con el aparato D-2.

Poco después, Chester era sometido a estas operaciones. Durante más de veinte minutos permaneció bajo una lámpara que difundía sobre su cabeza una luz tenue. Al mismo tiempo se le administraba oxígeno en mayor cantidad a la contenida en la atmósfera, con objeto de que la sangre recuperara toda su vitalidad y energía.

Por fin abrió los ojos. Con una mirada de asombro recorrió las caras de los que le rodeaban y se incorporó lentamente.

—Bueno, ¿qué ha sucedido?

—No te preocupes, extranjero —dijo el cirujano—. Has sufrido un pequeño accidente, pero creo que dentro de algunos minutos te encontrarás totalmente repuesto.

Chester se levantó y pudo ver con sorpresa que se encontraba en casi perfectas condiciones físicas.

—Bien. Parece que la cosa no ha tenido mucha gravedad —observó Chester.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Casi diría que perfectamente.

—Eso es, pues, lo que deseaba.

En este momento, se abrió la puerta de acceso al quirófano y entró Acrón. La noble figura del anciano te encontraba algo desencajada a consecuencia de los últimos acontecimientos vividos.

— ¡Loado sea Dios! —dijo con un tono de satisfacción en la voz.

—¿Puedo saber lo que ha sucedido? —preguntó Chester.

—Sí. Pronto vas a saberlo. Ahora quiero preguntarte por tu estado. ¿Te encuentras bien?

—Si. Me encuentro bien —contestó Chester, el cual se encontraba bien físicamente, pero con una gran confusión mental.

Por último, no pudo reprimir su natural impetuoso.

—¿Podrá usted explicarme lo que pasa? Hemos venido a este planeta en son de paz. Somos viajeros perdidos en el espacio. Se nos recibió a golpes, luego pareció que se nos tendía una mano y, por último, se nos volvió a golpear. Le advierto a usted, Acrón...

—Cálmate, extranjero —dijo el anciano—. No es nuestra la culpa de cuanto ha sucedido.

De nuevo intentó hablar Chester pero un ademán del anciano le detuvo. Luego, los dos en silencio salieron de la habitación.

Unos momentos después se encontraban confortablemente sentados en una especie de saloncito, a pocos metros de distancia del quirófano.

—Cuando se nos dio la alarma —dijo el anciano— no habíamos tenido tiempo de precisar algunos puntos importantes sobre la vida en este planeta. Quiero hacerlo ahora para que todo quede en claro.

—Le confieso —dijo Chester— que no sé a qué carta quedarme.

—Todo lo comprenderás ahora mismo.

—Soy todo oídos.

—Nuestro planeta —prosiguió el anciano— es un planeta antiquísimo. Su nacimiento es mucho más antiguo que el de la Tierra. Durante millones de años, nuestra civilización fue evolucionando, pasamos por distintas etapas. Entre ellas, la última que pasasteis vosotros: la de la guerra atómica. En un combate fratricida entre los pueblos de Togur se llegó a la casi extinción de la vida en el planeta. Solamente dos grupos de seres, por una serie de circunstancias que no son ahora al caso, sobrevivieron. Unos que consiguieron estar alejados de la guerra. Otros que, habiendo sido los vencedores de la misma, habían conseguido sobrevivir a la gran radioactividad de las zonas en que se desenvolvía. De la misma manera que el organismo humano se va adaptando a las distintas circunstancias de temperatura, medios de vida, etc., estos seres, excepcionalmente, consiguieron adaptarse a la enorme radioactividad que quedó sobre la superficie de la zona que ellos habitaban. Fueron muy pocos, pero los suficientes para dar origen a una nueva generación.

»Después de esta guerra, los dos grupos se pusieron de acuerdo. Era imposible continuar la existencia en común. Estos seres que habían absorbido una cantidad inmensa de radioactividad se habían convertido en radioactivos, cuya sola presencia significaba un peligro para los demás. Conocedores de su culpa por haber desencadenado la guerra, estuvieron dispuestos a expiarla y, en consecuencia, se llegó a la conclusión de que ellos habitarían en el interior de la tierra, al objeto de no perjudicar el desenvolvimiento

normal de la vida en la superficie.

Chester escuchaba con verdadero asombro y extraordinario interés el relato de aquel anciano.

—Y ¿qué fue de esos seres ?—preguntó.

—A ello voy —continuó el anciano—. De común acuerdo se construyó una profunda excavación en el interior de nuestro planeta, a unos seis kilómetros de profundidad que fue el lugar a donde se redujo el pueblo radioactivo, al que después se le llamó «Alfa».

«Durante miles de años vivieron allí aislados del resto de los hombres de Togur. De vez en cuando, alguna embajada de ellos subía a nuestra superficie, nos poníamos en contacto y dilucidábamos problemas de común interés. Su estancia en la superficie de la tierra sólo era tolerable yendo revestidos de un traje que impedía el paso de la radioactividad. Los hombres de Togur sentimos profundamente la desdicha de nuestros hermanos, pero el juicio más elementalmente razonable aconsejaba que la cosa siguiera así.

»Una inmensa capa de supergrafito, de dos kilómetros de espesor, era la envoltura que separaba a estos hombres del interior de nuestro planeta, de la superficie, pues su pueblo vive en una radioactividad de gran intensidad. De vez en cuando se descorría una parte de esta capa para dejar salir alguno de ellos que, como he dicho antes, venía a parlamentar sobre asuntos de interés común.

«Pero fue pasando el tiempo. Durante miles y miles de años este pueblo fue creciendo en el interior de nuestro planeta y fue adquiriendo un grado de civilización semejante al nuestro; pero hace aproximadamente cincuenta años, algunos hombres de Alfa comenzaron a romper la norma por la que se regían nuestras relaciones; comenzaron a hacer salidas desde su pueblo que no estaban autorizadas por el Directorio de Togur. Algunos de sus actos resultaban francamente hostiles, de tal manera que llegamos a romper las relaciones. Entonces vimos la necesidad de protegernos de sus asechanzas. En el inmenso cráter de dos kilómetros de diámetro que hay, por el cual se desciende al pueblo de Alfa, montamos dos torres electrónicas que tenían por objeto y lo tienen en la actualidad, darnos la alarma en cuanto estos hombres descorren el muro de supergrafito que les separa de nuestra superficie. La radioactividad que emana del interior de la tierra de Alfa pone en marcha un sistema de alarma en estas torres de las que te he hablado e, inmediatamente, nosotros tomamos las medidas necesarias para evitar que la salida a la superficie se produzca en

gran escala.

«Esta alarma fue el sonido que oímos cuando estábamos juntos su compañero Harry, usted y yo. Últimamente estas salidas se han hecho habituales, de tal forma que tenemos la sospecha de que el pueblo de Alfa prepara una invasión de la superficie del planeta. Nosotros sentimos profundamente que este pueblo esté viviendo en las condiciones que lo hace, pero no podemos de ninguna manera transigir por otra situación. Cada vez que los hombres de Alfa salen al exterior son perseguidos a muerte, para evitar que lleven a cabo sus designios contra los hombres de Togur

El anciano se detuvo durante unos instantes y en la tristeza de su mirada se adivinaba cuán difícil lo había sido pronunciar aquellas palabras.

—Bueno; pero ustedes hacen bien en defenderse —dijo Chester.

—Si; tenemos el imperativo de defendernos; sin embargo, no olvidamos que son nuestros hermanos, nuestros más desdichados hermanos. Es terrible que la vida nos tenga que situar en un azar semejante. , Calló el viejo.

—Y ¿por qué esos hombres no intentan un asalto definitivo? —preguntó Chester.

—Tenemos varias hipótesis sobre ello. Fundamentalmente creemos que no tienen todavía las cosas dispuestas para realizar con éxito ese asalto. Sólo pueden salir de su recinto cuando van provistos de su traje aislante de radioactividad. Una de las torres que hemos situado en el cráter por el que se accede a la superficie de Togur es una torre antiradioactiva. Su complicado mecanismo tiene por objeto atraer las partículas «alfa» de radioactividad de estos seres y desintegrarlas en partículas de hidrógeno. Si nosotros hacemos funcionar los aparatos de la torre a toda presión, los hombres de Alfa quedan descargados en una décima de segundo de su radioactividad y su organismo, acostumbrado a la misma, sufre un choque tan violento que les produce la muerte.

—Sí, lo comprendo —dijo Chester—. Pero mientras lleven esos trajes aislantes pueden actuar.

—Así es —replicó el anciano—. Pero como comprenderás, terrestre, no es posible atacar a un pueblo tan avanzado como el nuestro, y que se encuentra sobre aviso, solamente con la fuerza de sus manos. El armamento que ellos podrían transportar a la superficie sería un armamento ligero, mientras que el armamento pesado quedaría en el interior de su pueblo, ya que es difícil que puedan conseguir un revestimiento oportuno para sus grandes y múltiples armas.

Chester torció un poco el gesto como si no quedara convencido por el argumento.

—Ya sé lo que piensas. Nosotros tampoco creemos que la situación pueda prolongarse por mucho tiempo. Ellos encontrarán el procedimiento de poder sacar a la superficie sus armas, asimismo radioactivas como ellos, sin que sufran las consecuencias de la torre antiradioactiva.

—Y si eso sucede ¿qué pasará? —preguntó Chester.

—Es un momento en el que no nos atrevemos a pensar los hombres de Togur. Sabemos que será una lucha a muerte y que uno de los dos bandos perecerá. Por nuestra parte, ten la seguridad, extranjero, de que no nos seduce la idea, ni aun en el caso de que llegáramos a triunfar nosotros. No sólo los medios técnicos han llegado en Togur a un estado altísimo, sino que también nuestro corazón y nuestra conciencia saben perdonar a nuestros enemigos y ver en ellos no sólo lo que puedan tener de malo, sino lo que pueden tener de bueno de seres que sufren, de seres que están constreñidos a desenvolver su civilización en unas condiciones precarias, por no decir terribles.

El anciano calló y aquellas últimas palabras conmovieron profundamente a Chester. Comprendía en realidad lo que quería decir. Era maravilloso encontrar unos seres que sabían poner el corazón y la conciencia por encima incluso de sus derechos.

La conversación parecía haber terminado. Acrón se encontraba con la mirada perdida en un punto cualquiera de la habitación, sumido en lo más profundo de su pensamiento. De pronto, una idea le asaltó a Chester.

—Y dígame, Acrón, ¿qué ha sido de Harry? Recuerdo que estábamos juntos cuando nos asaltaron.

—Sí, eso parece —dijo Acrón—, Los informes que yo tengo lo indican así. Supongo que ya no tendré que explicarle que fueron asaltados por los hombres de Alfa.

—Sí, eso parece estar claro; pero ¿y Harry? ¿Que ha sido de él?

El anciano guardó silencio unos segundos.

—¿No me irá usted a decir que ha...?

—No; no es precisamente que haya muerto, pero Harry ha desaparecido.

— ¡¿Cómo!? ¿Que ha desaparecido? Pero eso no es posible.

—Si. Probablemente fue capturado por los hombres de Alfa. Unas investigaciones profundas del lugar donde fuisteis acometidos parecen indicar que Harry fue hecho prisionero.

—Pero eso no conduce a nada —dijo Chester—. ¿Cómo van a

atreverse a llevar a Harry al pueblo de Alfa si moriría a los pocos segundos de ponerse en contacto con esa gran radioactividad que usted dice debe tener ese pueblo?

—Parece ser que llevaban algunos trajes aislantes, uno de los cuales deben haberle puesto a Harry para llevarlo hasta el pueblo de Alfa.

—Entonces, ¿es que ellos salían con el propósito preconcebido? —preguntó Chester.

—Sí. Así parece. Quizás consiguieron detectar la llegada del *Zodíaco-3* y tuvieron interés en capturaros a ambos. Tal vez esto encaje dentro de sus planes.

Chester pensó por un momento que ojalá fuera así. Mientras él y Harry supusieran algo para el pueblo de Alfa, Harry permanecería vivo.

—Bien; y ¿qué piensa hacer usted, Acrón?

—No creo que podamos hacer nada. Esa es la triste conclusión a la que hemos llegado. El pueblo de Alfa es prácticamente invulnerable en su cubil.

Chester comprendió la gran fuerza y verdad que había en las palabras del anciano.

—De todas formas —opinó— yo estoy dispuesto a…

—Me consta que estás dispuesto a acudir en ayuda de tu compañero. Estoy seguro de que casi todos los hombres del pueblo de Togur harían lo misino, pero ten la seguridad, terrestre, de que nada podemos hacer. Al menos por ahora.

Chester tomó la palabra de nuevo.

—No puedo permanecer inactivo. Usted tiene que saber lo que significa Harry para mí. Somos los dos únicos supervivientes de aquel planeta que se llamaba Tierra. Nuestra amistad data de nuestra infancia. Hemos pasado momentos difíciles, momentos que culminaron en el terrible viaje a través del espacio que nos condujo hasta este planeta. Es preciso que haga algo.

—Yo creo —dijo Acrón— que lo primero que debes hacer es serenarte. De momento no sabemos cuál será nuestra actitud, pero ten la seguridad de que haremos todo lo que sea posible por Harry en cuanto se nos presente una oportunidad. Ahora, dedícate a conocer el pueblo de Togur. Yo acabaré de explicarte las cosas más importantes de mi pueblo y vive como un ciudadano más. Tal vez el Destino nos dé una solución para tan dramática situación. Entonces quizá sea el momento de hacer algo por tu compañero de la Tierra.

Los dos hombres se miraron un segundo y, en la mirada de ambos, habían promesas y comprensión.

Chester se mordió los labios para no continuar hablando, pues sabía que ya todas las palabras que dijera serían inútiles.

CAPITULO VII

HARRY llegó con sus aprehensores a una habitación completamente desnuda de todo mueble, excepto un sillón de regulares dimensiones. Los hombres que lo custodiaban lo obligaron a pararse en el centro de la sala

Al fondo de la habitación so abrió una pequeña puerta y salió un hombre precedido de dos guardianes, Sin apartar la mirada de Harry avanzó unos pasos hasta sentarse en el sillón. Luego, hizo una seña con la mano izquierda y dos de los acompañantes de Harry le empujaron hasta situarlo frente a aquel hombre, que iba ataviado con un traje semejante al que llevaba Harry.

—Este es el prisionero. Lo traemos a tu presencia como tenías ordenado, Gran Nicrón.

El hombre miró directamente a los ojos de Harry.

—Dime, ¿quién eres?

Harry escrutó a aquel hombre y su primera impresión fue desagradable. Tenía, como todos los demás aprehensores suyos, los ojos ligeramente fosforescentes. Por lo demás, su nomenclatura general era muy parecida a la de los hombres de Togur e incluso a la de los hombres de la Tierra.

—Soy un extranjero en este planeta.

—Sí. Ya lo sé —dijo el hombre—. Hemos podido observar que hay cierta diferencia fisiológica entre tú y los hombres de Togur o de Alfa, pero ¿de dónde y para qué vienes?

Harry tomó aliento y en breves palabras hizo un relato sucinto de su salida de la Tierra y de la llegada a Togur. El hombre lo escuchaba con atención y en el brillo de su mirada parecía acariciar alguna idea recóndita y altamente satisfactoria. Cuando Harry hubo terminado su relato, el llamado Nicrón tomó de nuevo la palabra.

—Habrás podido observar, extranjero, que te encuentras con fuerzas muy superiores a las tuyas y a nada bueno te conduciría el enfrentarte con nosotros.

Harry hizo una seña de asentimiento.

—Bien. Veo que comprendes. Te diré que el pueblo de Alfa está a punto de tomar una determinación.

Harry se preguntó a donde quería ir a parar aquel hombre.

—¿Estás con nosotros o contra nosotros? —indagó.

—Yo no estoy contra nadie —dijo Harry—. En realidad, soy como un náufrago que no ha podido elegir el sitio donde recatarse del naufragio. Hemos venido a este planeta milagrosamente y no tenemos otra pretensión que la de salvar nuestras vidas.

Nicrón sonrió.

—Me pareces muy razonable, extranjero. Dentro de poco vamos a necesitar toda clase de aliados. ¿Quieres luchar a nuestro lado?

Harry se quedó en suspenso ante tan inesperada proposición.

—¿Luchar? ¿Contra quién? Y ¿por qué he de luchar? —fue la respuesta.

Nicrón se detuvo unos segundos y su mirada adquirió un tinte siniestro.

—Nuestro pueblo es injustamente tratado. Los hombres de Togur nos han condenado a vivir bajo la superficie del planeta, cuando somos un pueblo superior a ellos en todos los conceptos. Por lo tanto, vamos a dirimir por la fuerza de las armas esta cuestión.

—No tengo nada que objetar a eso —respondió Harry—, pero no comprendo qué papel represento yo aquí.

—A su tiempo lo sabrás.

—Y si el pueblo de Alfa es un pueblo tan poderoso, ¿qué puede necesitar de un pobre terrestre como yo?

Nicrón volvió a detenerse. Luego, continuó:

—Has venido con un aparato desde un lejanísimo planeta. Eso demuestra que vosotros también teníais unas condiciones técnicas bastante avanzadas. ¿Es así?

Harry tuvo que reconocer la certeza de esta previsión.

—Pues bien —continuó Nicrón—, necesitamos ese aparato.

—No me pertenece —fue la respuesta de Harry—. Como ya sabéis, aterrizamos en la superficie del planeta y fuimos huéspedes durante unas horas del pueblo de Togur. Supongo que el aparato estará custodiado por fuerzas de este pueblo.

—Eso no sería un grave problema—dijo Nicrón.

—Aun así, no comprendo para qué lo podéis necesitar.

—Dinos una cosa, extranjero: ¿emprendisteis el viaje completamente inermes? ¿Es posible que vuestro aparato no tuviera armas para el caso en que necesitarais defenderos?

La luz fue haciéndose poco a poco en el cerebro de Harry. Aquellos seres se encontraban, al parecer, incapacitados para sacar a la superficie del planeta el poderoso arsenal que a no dudar debían poseer. Era una magnífica oportunidad para ellos contar con un arma poderosa en el exterior. La mente de Harry funcionaba a

toda velocidad, pensando cual sería el mejor partido a adoptar.

—Sí —contestó a Nicrón—. Nuestro aparato, el *Zodíaco--3*, es portador de poderosísimas armas.

—Está bien —dijo con un brillo de satisfacción en la mirada Nicrón—. Entonces, si eres nuestro aliado, salvarás la vida. ¿Entiendes lo que esto quiere decir?

Harry asintió con la cabeza.

—Ya sabes que nos bastaría desproveerte de este traje para que murieras; espero que esto te servirá de advertencia y que tu colaboración será leal con nosotros.

—Estoy de acuerdo con ello —contestó Harry—. Sin embargo me asalta una duda: yo he estado sin este traje en una habitación durante muchas horas.

—Sí. Es una de las celdas especiales que nosotros tenemos dispuesta para el caso que nos interesara coger prisioneros. Se trata de un grueso bloque de supergrafito que impide el paso de la radioactividad del exterior.

—¿Y cómo logré yo entrar?

—La cosa fue muy sencilla. Te pusimos un traje de los que llevábamos previstos para el caso de que pudiéramos hacer prisioneros.

—¿Y Chester? ¿Dónde está Chester? —preguntó Harry.

—¿Te refieres a tu compañero? No fue posible traerlo. La persecución de los hombres de Togur al Comando que fue a prenderos hizo que se despistaran algunos de nuestros hombres, de tal forma que hasta vosotros dos no llegó más que un traje de repuesto, que fue el que te pusimos a ti al azar.

—Entonces mi amigo, ¿vive todavía?

—Es posible que sí —dijo Nicrón con una sonrisa—. Depende de lo dura que tenga la cabeza.

Harry recordó las pocas consideraciones con que habían sido tratados por los hombres de Alfa y un escalofrío de temor por Chester le recorrió la columna vertebral.

—¿Contamos, pues, contigo? —insistió Nicrón.

Harry vaciló un segundo, luego, contestó:

—Sí. Contad conmigo. Después de todo, yo no tengo predilección por ningún pueblo de este planeta al que no conozco todavía. Si vosotros me garantizáis la vida de mi amigo y la mía, podréis contar conmigo.

—Bien —dijo con un brillo de triunfo en la mirada Nicrón—. Espero que juegues limpio. De lo contrario, no te daría ni tiempo de arrepentirte.

Luego Nicrón se levantó y los hombres que habían custodiado a Harry hasta aquella sala volvieron a rodearle para llevarle de nuevo al único sitio donde su vida podía permanecer segura: el bloque de supergrafito.

CAPITULO VIII

UNAS horas después de esta conversación, Nicrón se hallaba reunido con el gran consejo de Alfa. Los sabios más eminentes, los militares más expertos escuchaban la palabra de Nicrón, cuyo tono convincente y apasionado llenaban los ánimos de belicosa euforia.

—Os digo que ha llegado el momento; no podemos tolerar por más tiempo a una raza inferior como la de Togur, que domina la mayor y mejor parte de nuestro planeta. Es preciso que tomemos las últimas decisiones y ataquemos hasta conseguir la total destrucción de este pueblo maldito.

Nicrón hizo una pausa en su discurso para escrutar la cara de los que escuchaban.

—Creo que estáis todos de acuerdo conmigo.

Una voz se levantó a un extremo de la habitación.

—Permíteme una observación.

—Dime, Tamak.

—Quiero recordarte que nosotros somos los responsables de nuestra desdicha.

Un movimiento de expectación de los asistentes hizo más intenso el silencio que reinaba antes de las palabras del llamado Tamak.

—¿Qué es lo que dices? —preguntó enfurecido Nicrón.

—Si no somos nosotros directamente, sí lo fueron nuestros antepasados. Su ansia de poder desencadenó una furiosa guerra atómica que convirtió a los pocos supervivientes en seres radioactivos con los cuales era imposible estar en contacto por parte de aquellos que no sufrieron la contaminación de la radioactividad. ¿Es justo —me pregunto— que nosotros rompamos el pacto que hicieron nuestros antepasados con los Hombres de Togur?

Nicrón miraba con ojos centelleantes por el odio a aquel que asaba enfrentarse a sus designios.

—Nosotros no somos responsables de la actitud de nuestros antepasados. El planeta debe ser habitado por el pueblo más apto y ese es el pueblo de Alfa.

Otro de los reunidos se levantó con gesto airado y se dirigió a Tamak.

—Tamak, veo que tu ciencia te ha reblandecido el cerebro. Nada puede ser superior a la supremacía de nuestro pueblo; ni pactos, ni guerras pasadas pueden impedirnos la conquista en lucha abierta de la superficie de Togur.

—Yo creo —insistió Tamak— que la fuerza no es solución para ningún problema. Nuestro pueblo va perdiendo radioactividad y llegará un momento en que podrá vivir en la superficie del planeta en hermandad y armonía con sus hermanos de Togur.

Estas últimas palabras suscitaron un gran movimiento de repulsa por parte de los allí reunidos.

Alguien gritó:

—Nosotros no somos hermanos de nuestros enemigos.

Otra voz dijo:

—¡Muera T a m a k y todos los traidores que puedan estar con él.

La reunión se alteró bruscamente después de estas palabras. Varios de los asistentes que estaban cerca de Tamak se abalanzaron sobre él furiosamente. La lucha fue breve. Unos segundos después, Tamak era conducido por unos servidores de Nicrón camino de su encierro o de su muerte.

—Me alegro —continuó Nicrón— que hayáis expresado con tanta sinceridad vuestro pensamiento. Nadie que se oponga al supremo triunfo del pueblo de Alfa vivirá mucho tiempo.

Un movimiento general de asentimiento subrayó las palabras de Nicrón.

El primero que había intervenido en contra de Tamak volvió a tomar la palabra:

—Estamos a tu lado, Gran Nicrón. Los ejércitos de mi mando están dispuestos para entrar en acción; pero quiero recordarte que, por ahora, aún hay por resolver algunos problemas. El alfaneutrium es una realidad y nuestros hombres pueden protegerse con él para salir a la superficie. Asimismo nuestras armas irán convenientemente pintadas con esta sustancia, y no sufrirán la acción de la torre de desintegración que existe en el cráter que da acceso a nuestro pueblo, pero no podremos evitar que el enemigo advierta nuestra salida, pues al descorrer el muro de supergrafito que nos separa de la superficie, la torre de alarma dará la señal. Eso eliminaría el factor más importante de nuestro ataque: la sorpresa.

Entre los concurrentes hubo varios que expusieron en voz alta su asentimiento con respecto a las palabras que había pronunciado Atabás, pues así se llamaba el General en Jefe de los ejércitos del pueblo de Alfa.

—He pensado en ello —dijo Nicrón— y creo tener resuelta esa cuestión.

Todos prestaron atención a la revelación que iba a hacerles Nicrón. Este, seguro de su triunfo, se contuvo durante unos segundos, para que la expectación fuera mayor. Luego les dijo:

—Escuchadme: los hombres de Togur no recibirán la alarma, en cuanto nuestros ejércitos surjan hacia la superficie.

CAPITULO IX

HARRY había sido conducido de nuevo al bloque de supergrafito que le servía de prisión y, al mismo tiempo, defendía su vida dentro de aquel terrible foco radioactivo que era el pueblo de Alfa. Su mente trabajaba a toda velocidad.

En primer lugar, le consolaba la idea de que Chester quizá no hubiera muerto, pero los demás pensamientos eran lúgubres. Aquel pueblo de Alfa estaba dispuesto a atacar al pueblo de Togur. Poco era el tiempo de contacto que Harry tenía con aquellos hombres, con los seres de aquel planeta; pero resultaba evidente que los hombres de Togur mantenían unos principios morales muy superiores a los de los hombres de Alfa, a los cuales se había comprometido a ayudar y en verdad que no pensaba hacerlo. Sólo había pretendido ganar algún tiempo, al objeto de que surgiera una posibilidad de liberarse. Por otro lado, no acertaba a comprender cual era el papel que pretendía Nicrón que desempeñara en esta gran tragedia.

Se veía a todas luces el deseo de utilizar el *Zodiaco-3* como elemento importante de las operaciones militares del pueblo de Alfa.

Pero tanto la manera de conseguir apoderarse del aparato, como la capacidad de éste para conseguir destruir por sí solo a los hombres de Togur, le resultaba una incógnita.

Unos momentos antes se había descorrido el círculo de la pared que servía de entrada a su cárcel y dos hombres, esta vez con aspecto menos hostil, le habían dado de comer. Era una comida desconocida totalmente para él y que en nada so parecía a la de la Tierra, pero indudablemente había conseguido su fin primordial, o sea, quitarle el apetito. En estos momentos sentía que sus fuerzas renacían y se encontraba más dispuesto a enfrentarse con la situación que el Destino le había deparado.

Pasó el tiempo y durante varias horas estuvo sumido en sus pensamientos. Un chasquido, procedente de la pared en la que se encontraba la entrada al recinto, le advirtió de que iba a recibir una nueva visita. Unos segundos después, y a través de la cortina luminosa, penetraba un nuevo personaje acompañado de cuatro

hombres más. Atabás, pues no era otro el personaje que entraba, miró de hito en hito a Harry. Este soportó la mirada y no pronunció una palabra. Fue Atabás el primero en hacerlo:

—El Gran Nicrón nos ha dicho que estás dispuesto a luchar a nuestro lado. ¿Es cierto?

—Sí. Es cierto —mintió Harry.

—Está bien. Supongo que sabes a lo que te expones si intentas traicionarnos.

—No. No pienso traicionaros —respondió secamente Harry.

—Vayamos, pues, al asunto que me ha traído aquí.

Harry escuchó con atención.

—Por la visión que tuvimos de vuestro aparato en nuestras pantallas receptoras, como asimismo, por las informaciones que has hecho antes al Gran Nicrón, sabemos que esa poderosa fortaleza volante dispone de armas poderosas. ¿Es cierto?

—Así es.

—¿Puedes describírmelas?

Harry, que veía la gran importancia que tenía para aquellos hombres el que el *Zodíaco-3* fuera una poderosa arma de combate, hizo una minuciosa relación de las armas que contaba dicho aparato. Cuando hubo terminado guardó silencio y observó atentamente la cara de Atabás, al objeto de ver cual había sido el efecto causado. Este no podía reprimir su alegría.

—Está bien —dijo—. Creo que eso será suficiente para nuestros propósitos.

—¿Y puedo saber cuáles son esos propósitos?

—Puesto que eres nuestro aliado y has de participar directamente en la operación, tendrás que saberlo.

Atabás se detuvo unos segundos, escrutó la cara de Harry y luego continuó hablando:

—Vamos a empezar las operaciones contra el pueblo de Togur. El cráter que da acceso a la superficie del planeta está custodiado por dos torres: una que absorbo la radioactividad y otra que pone en funcionamiento la señal de alarma.

—Comprendo —dijo Harry—, pero no veo como vamos a poder utilizar el *Zodíaco-3* sin que esto suceda.

Atabas sonrió antes de continuar:

—La alarma sonará una vez más; pero esa vez será la última. Un comando en el que irás tú descorrerá el muro de supergrafito y saldrá a la superficie. Como siempre sonará la alarma y los hombres de Alfa serán perseguidos por la vigilancia especial de Togur. Mientras un comando atrae la atención de estos vigilantes,

procuraréis escapar de esta persecución y llegar hasta el *Zodiaco-3*. Una vez allí recibiréis las instrucciones para vuestra actuación posterior.

Harry hizo un signo de asentimiento con la cabeza.

—He comprendido; sin embargo no creo que nos sea nada fácil escapar a la persecución de las tropas de Togur.

—Es un albur que tenemos que correr —dijo Atabás—. Toda operación militar supone un riesgo y este riesgo hay que afrontarlo.

—Bien. Ya sabes que estoy a tus órdenes.

Atabás dio por terminada la reunión y se dirigió hacia la puerta. Ya en la misma se volvió hacia Harry.

—Prepárate, porque vais a entrar en acción enseguida.

Dicho esto atravesó la cortina luminosa, bien protegido por el traje con el que iba revestido de de pies a cabeza.

CAPITULO X

CHESTER y Roick caminaban con paso moderado.

—Lo que más me sorprende —decía Chester en aquel momento— es que no haya visto ningún vehículo, tanto en la gran ciudad de ustedes, como en el camino que recorremos.

—Sí; es cierto. En nuestro pueblo difícilmente se ve funcionar un vehículo.

—Supongo que no obedecerá a dificultades técnicas semejante cosa —continuó Chester—. El concepto que tengo de ustedes en el aspecto científico es altamente satisfactorio.

—Sí. No obedece a esas causas. Se maravillaría usted si viera alguno de los maravillosos vehículos de transporte que hemos inventado. La Ley es estricta. Solamente en casos de verdadera urgencia y en especial los que conciernen a la vigilancia del pueblo de Alfa, se autorizan vehículos de transportes. Y, aun así, no siempre.

—Y, ¿a qué es debido esto? ¿Han agotado ustedes las posibilidades de combustible?

—No, terrestre, no. Hace ya muchos miles de años que conocemos la desintegración atómica y utilizamos perfectamente esta energía. Nuestro problema es aún más grave y sin solución.

Chester retuvo la pregunta que salía de sus labios por temor a ser indiscreto, pero fue Roick el que le dio la explicación sin necesidad de que éste se lo preguntara.

—Nuestro planeta es un planeta muy viejo; tanto, que la entropía ha crecido hasta tal punto que estamos llegando al límite.

—No comprendo qué es eso —dijo Chester—. He oído hablar alguna vez de la entropía, quizá cuando estudiaba bachiller, allá en la Tierra, hace muchos años.

Roick rió amigablemente.

—Te explicaré en pocas palabras de qué se trata. Todo movimiento —continuó Roick— se transforma fácilmente en calor. El calor se transmite a todas las moléculas del ambiente circundante y llega un momento en que estas moléculas están, digamos, saturadas de calor, de tal forma que es imposible ya realizar ningún movimiento. Entonces las cosas adquieren todas la misma

temperatura y ninguna de ellas puede moverse más. Es lo que se llama la muerte termodinámica y ése es el mal que padece nuestro planeta. Por ello nuestro Gobierno dictó leyes para restringir el movimiento hasta el máximo, siempre que no sea altamente necesario para nuestro pueblo. Los vehículos de transporte y demás son fuente generadora de calor que hacen crecer la entropía hasta tal punto que nuestro planeta, teniendo apenas miles de años de existencia para el futuro, aceleraría su muerte.

—Es verdaderamente sorprendente eso que usted me dice —admiró Chester.

—Sí. Quizás lo sea para un profano, pero es una teoría perfectamente conocida por cualquier hombre de ciencia.

—¿Entonces quiere usted decir que nuestro propio movimiento ayuda a aumentar esa terrible entropía?

—Sí. Cualquier movimiento. Ni uno sólo se escapa a esa condición terrible.

—Bueno, y cuando hayan pasado esos miles de años, ¿qué?

—Entonces —dijo Roick— quizás llegue la muerte termodinámica de nuestro planeta y con ella la de nuestro pueblo. Quizás haya una solución, problemática desde luego, pero la única que nos da una leve esperanza. No es éste el momento de que te lo explique.

A unos doscientos metros de distancia se veía un edificio muy semejante a una torre de grandes proporciones. Aceleraron un poco el paso y en poco tiempo llegaron allí.

Se trataba del cuartel general para la vigilancia del pueblo de Alfa. Roick y Chester, conducidos por algunos de los servidores de aquella torre, subieron hasta lo alto de la misma y, desde allí, pudo Chester dominar perfectamente el inmenso cráter que daba acceso a la entrada del pueblo de Alfa.

—Ahí tienes, terrestre, donde termina el pueblo de Togur y comienza el reino de Alfa.

Chester, auxiliándose con algunos aparatos ópticos, pudo ver perfectamente el gran cráter y la envoltura de supergrafito que ocultaba la cavidad donde se desarrollaba y vivía el pueblo do Alfa.

—Es extraordinario —dijo Chester.

—Aquella torre que ves a la izquierda —continuó Roick— es la torre que da la alarma. En cuanto los hombres de Alfa descorren una parte de esa envoltura do supergrafito, la radioactividad de la atmósfera del pueblo de Alfa pone en funcionamiento un sistema de alarma; esta torre en la que nosotros estamos se pone en acción a consecuencia de aquella otra y es la que sirve para absorber la

radioactividad que sale de ahí.

—Me parece maravilloso —fue el único comentario que hizo Chester.

—Ahora te invito a que visitemos todas las dependencias de esta torre —continuó Roick—. En ellas podrás ver grandes maravillas del ingenio de nuestro pueblo, que nos han conducido a este sistema de absorción de las radiaciones.

Los dos hombres, acompañados por los servidores de las múltiples dependencias de aquella torre, fueron visitando detalladamente todos los compartimentos de ésta, ante el asombro de Chester y la mirada sonriente y amistosa de Roick. Así continuaron durante dos o tres horas, hasta que, terminada la inspección, Roick invitó a Chester a que repusieran sus fuerzas, marchándose al comedor.

Ya se dirigían hacia él, haciendo un vario comentario sobre todo lo que se había visto, cuando un sordo rumor llegó hasta sus oídos. Roick detuvo con un gesto a su acompañante y prestó Atención. Unos minutos después se oía indistintamente una nota aguda y vibrante que llenaba el ámbito de todas las habitaciones de la torre. La nota había sido una sola, pero de una permanencia extraordinaria.

Roick miró sobrecogido a Chester e, inmediatamente, le dijo con tono excitado:

—¡Pronto! ¡Vamos al ascensor!

Con cuatro pasos rápidos se metieron en uno de los ascensores y Roick pulsó un botón. Silenciosa, pero velozmente, el ascensor salió disparado hacia arriba y se detuvo en la plataforma donde habían estado al principio y desde la cual se dominaba perfectamente el cráter que conducía al pueblo de Alfa.

—Es una alarma —aclaró Roick—. El pueblo de Alfa acaba de abrir la envoltura de supergrafito para salir al exterior.

Chester miraba con ojos desorbitados por la emoción hacia el cráter, del cual anunciaba tales cosas su amigo.

—Toma, terrestre. Mira con este aparato.

Roick alargó a Chester un extraño aparato óptico y pudo ver como, en efecto, una pequeña parte de la envoltura de supergrafito que cubría el fondo del cráter se abría y salían por allí unos seres vestidos de la extraña manera que ya conocía Chester.

—¿Qué es eso? —dijo Chester.

—Los hombres de Alfa hacen una incursión hacia el exterior —contestó Roick —. No sé si te habrá dicho Acrón que hace tiempo que nos dan mucha guerra. Quizá están preparando los planes para

invadirnos en el futuro.

Los hombres que salían de aquella especie de escotilla abierta en la estructura de supergrafito se dirigían rápidamente hacia un bosquecillo que había a no muchos metros de distancia. En la torre se habían dado las órdenes oportunas y varios de los hombres de Togur salían en aquellos momentos en persecución de los hombres de Alfa.

—No lo comprendo —dijo Chester, que recordaba sus viejos tiempos de Comando—, como permiten ustedes que existan zonas boscosas en las proximidades del cráter. Esto les permite a los enemigos un enmascaramiento magnífico.

—En muchas ocasiones hemos pensado eso, pero no nos es posible hacer otra cosa que lo que hacemos. Esta zona necesita forzosamente una regeneración del oxígeno que nosotros no podemos darle más que a través de las manchas verdes de los bosques. Por lo tanto no podemos talar esos árboles y hemos de afrontar la situación tal y como tú la estás viendo.

Los hombres que habían salido de la torre, perfectamente adiestrados y conocedores de lo que tenían que hacer, se habían ido desplegando en diferentes grupos, al objeto de cercar a los hombres de Alfa.

—Y bien, ¿qué hacemos nosotros aquí? —dijo Chester.

Roick lo miró con una sonrisa.

—¿No te gusta la inactividad, verdad?

—Me parece un error cuando hay algo que hacer —contestó Chester, respondiendo a la sonrisa de Roick con otra sonrisa.

—¡Vamos, pues, allá!

Los dos hombres se introdujeron en el ascensor y descendieron rápidamente al pie de la torre. Poco tiempo después, se unían a un grupo de los que perseguían a los del pueblo de Alfa y, a marchas forzadas, se dirigieron hacia el bosquecillo.

Ya introducidos entre los árboles y obedeciendo a un plan previsto, se desplegaron en busca de los hombres de Alfa. Al principio Chester no tenía idea de como iban a actuar, pero pronto se corrió la voz entre los perseguidores:

—¡Hacia aquí!... ¡Hacia aquí…

Hacia la parte Noroeste del bosque parecían haber sido localizados los hombres salidos del pueblo de Alfa. Rápidamente se cerraron las filas de los hombres de Togur, hasta concentrarse en una pequeña superficie de unos quinientos metros cuadrados. Lentamente se fue estrechando el cerco. Chester aguzó la mirada y pudo percibir entre los árboles algunas figuras que se movían.

—Están allí; allí —gritó sin poderse contener.

En efecto, se trataba de los hombres de Alfa. Los hombres de Togur, a una orden del jefe que los mandaba, dieron al conmutador de un pequeño aparato que llevaban sobro el pecho y suspendido del cuello. Inmediatamente una cortina luminosa se formó frente a ellos, envolviendo la zona en la cual consideraban estaban escondidos los hombres de Alfa.

—Y esto ¿qué es? —preguntó Chester a Roick.

—Sin esta arma —dijo Roick— nada podríamos contra estos hombres. Sus pistolas de luz letal nos inmovilizarían apenas nos tocaran con sus haces de rayos cualquier parte de nuestro cuerpo. Esta cortina de luz precisamente contrarresta los efectos de ese rayo.

Chester comprendió la explicación de Roick y no pudo menos de admirar en silencio la gran eficacia técnica de aquel pueblo.

—Es conveniente que nos quedemos algo rezagados —continuó Roick— puesto que nosotros no llevamos conexión en esta cadena luminosa.

Los dos hombres aminoraron un poco el paso y continuaron su marcha detrás del equipo que estaba dando caza a los hombres de Alfa. A una orden del jefe del grupo perseguidor, varios hombros pusieron en funcionamiento unos poderosísimos; reflectores que inundaron de luz la zona objeto de la exploración. Inmediatamente pudo verse en el centro de la misma y procurando ocultarse entre los árboles, a un grupo formado por doce o catorce hombres, los cuales comenzaron a disparar unas, silenciosas armas, cuyos proyectiles trazaban fulgurantes líneas en la noche.

Chester fue empujado por Roick de forma que poco después se encontraban los dos tendidos en el suelo y al amparo de unas piedras.

—¿Qué es eso? —preguntó Chester.

—Están haciendo uso de sus armas de pequeño calibre —dijo Roick.

—¿Entonces esas pistolas de luz de las que usted hablaba…?

—Esas son ahora ineficaces. Sólo pueden defenderse ahora con proyectiles electrónicos que atraviesan son facilidad la cortina que nosotros hemos interpuesto.

Los hombres de Togur habían procurado adaptarse al terreno, al objeto de ofrecer el menor blanco posible. De vez en cuando las armas de los hombres de Alfa hacían blanco en alguno de los atacantes. Inmediatamente se rompía por un segundo la cortina protectora del grupo atacante, pero casi al mismo tiempo

acrecentaban un poco la intensidad de los dos extremos y volvían a cerrarse éstos haciendo inútiles las armas paralizadoras de los hombres de Alfa. El jefe del grupo transmitió una orden y uno de los hombres disparó un pequeño aparato que llevaba a la espalda. Un azulado fogonazo surcó el aire en sentido vertical y a unos doscientos metros de altura hizo una extraña espiral luminosa que comenzó a descender sobre el sitio que ocupaban los hombres de Alfa, al mismo tiempo que giraba como una rueda de pirotecnia. Los hombres de Alfa comenzaron a moverse en todas direcciones. Sus armas disparaban con toda la intensidad posible, pero de ninguna manera podían romper el cerco que se les había hecho.

La luminosa espiral fue descendiendo hasta que llegó a la altura de sus cabezas. Un segundo después un informe montón de carne humeante era el resultado de aquel rápido y silencioso, pero terrible combate. El jefe del comando de Togur dio la voz de «alto el fuego».

Lentamente se fueron aproximando los hombres del comando para hacer el trágico balance de aquella pelea.

—Nosotros podemos ir volviendo —dijo Roick.

Chester y su nuevo amigo comenzaron a retroceder por entre los árboles en dirección a la torre de la cual habían salido. Un traspiés en la oscuridad dio con Chester en el suelo, mientras Roick se adelantaba unos veinte pasos. Ya se levantaba Chester, cuando vio con asombro cono un hombre, vestido a la manera de los de Alfa, se lanzaba sobre Roick desde la copa de un árbol. El impacto recibido dio con Roick en el suelo. Su atacante se enderezó y le apuntó con su pistola de rayos luminosos. Roick, que intentaba levantarse rápidamente, quedó completamente paralizado. La luz que lo envolvía comenzó a aumentar su intensidad. Chester comprendió que su amigo se encontraba en gravísimo peligro, aceleró su impulso y se lanzó sobre el atacante de Roick cayendo ambos hombres al suelo. El hombre de Alfa, sorprendido, intentó rehacerse y se puso de pie, en el preciso instante un que Chester le asestaba un furioso puñetazo en el estómago.

Nuevamente caído en el suelo, el hombre de Alfa dirigió su terrible pistola sobre Chester, al que dejó inmóvil en una décima de segundo. Afortunadamente Roick se había recuperado y, sin tomarse tiempo para ponerse de pie, dio una tremenda patada al hombre de Alfa que se encontraba cerca y que fue derribado al suelo nuevamente. Como un solo hombre, Chester y Roick se lanzaron encima de él y consiguieron desarmarlo en pocos segundos. El furioso forcejeo duró algún tiempo más, pero poco después, el furioso atacante quedaba reducido a la impotencia.

Algunos de los hombres del comando que habían realizado la operación se habían acercado al ruido de la lucha e inmediatamente se hicieron cargo del prisionero, al que ataron cuidadosamente.

Chester y Roick continuaron su camino hacia la torre. Habrían andado unos cincuenta metros, cuando Roick se detuvo y contempló con mirada franca el rostro de Chester.

—Creo que te debo la vida, terrestre.

—No tiene importancia.

—Sí que la tiene. Desde este momento puedes considerarme como tu hermano.

Chester estrechó la mano que le brindaba Roick al mismo tiempo que contestaba:

—Me place esta amistad, pero no me debes nada También tu intervención fue muy oportuna, de lo contrario el hombre de Alfa habría acabado conmigo —dijo Chester.

CAPITULO XI

MIENTRAS el comando de Togur se dedicaba a la persecución anteriormente descrita, otro pequeño grupo compuesto de siete hombres salía de las entrañas del pueblo de Alfa y, aprovechando el desconcierto reinante, conseguía introducirse en el bosque por la parte Este...

Durante varios minutos caminaron con paso ligero y silencioso, apartándose cada vez más de la zona en que eran buscados los hombres de Alfa que habían salido unos minutos antes. Cuando ya so encontraban bastante lejos, el jefe del grupo hizo un signo para quo se detuvieran todos. Luego, consultó un instrumento que llevaba sujeto a su muñeca, se orientó y cambió el rumbo dirigiéndose hacia el Sur.

Harry, pues era uno de los que constituían el grupo, obedecía automáticamente mientras su cerebro trabajaba a toda velocidad.

La primera parte de la operación planteada había salido perfectamente. Un primer grupo, mandado al sacrificio para distraer la atención del comando Togur, había conseguido su propósito y este segundo grupo había salido inadvertidamente y se dirigía hacia su objetivo.

Atabás había vuelto a su encierro y le había expuesto la operación que en estos momentos estaban realizando. Se trataba de salir desapercibidos del pueblo de Togur y dirigirse en compañía de aquellos seis hombres hacia donde estaba el *Zodíaco-3*. El objetivo era rescatarlo de las manos de Togur, ponerlo en marcha y atacar con las armas de la astronave la torre de control que dominaba el cráter. Una vez destruida, los hombres de Alfa dejarían pasar algunos días y en la hora «H» descorrerían de nuevo la envoltura de supergrafito para salir a la superficie y atacar al pueblo da Togur; pero es ti vez no habría alarma, esta vez los hombres de Alfa dispondrían de mayor libertad de movimientos y de algunas horas de tiempo, en cuyas dos condiciones cifraban su victoria.

Durante varias horas siguieron aquella marcha. De vez en cuando tropezaban en su camino con alguna pequeña ciudad que rodeaban cuidadosamente para no ser vistos. En dos ocasiones se detuvieron para descansar y comer algo con que reponer fuerzas.

¡Por fin, hicieron un alto más prolongado.

El jefe del grupo so dirigió a todos sus hombres:

—Nos encontramos en las proximidades del sector en que se encuentra el *Zodiaco-3*. Supongo que la vigilancia del aparato será verdaderamente escasa. Acamparemos aquí, al resguardo de este pequeño barranco, mientras das hombres se aproximarán para traer un informe detallado de las condiciones de vigilancia del enemigo.

Dos de los hombres del grupo, a una orden del jefe, partieron silenciosamente.

Harry siguió pensando. Se había comprometido a aquella operación al objeto de buscar una oportunidad para evadirse de sus enemigos, pero hasta el momento ni ésta se le había presentado, ni se le ocurría qué es lo que debía hacer. En último caso pensaba negarse a poner en marcha el aparato.

Dos horas después de haber acampado en aquel lugar llegaban los emisarios mandados en descubierta.

—¿Cuál es el resultado? —preguntó el jefe del grupo.

—Hemos podido aproximarnos a unos doscientos metros de la astronave. Se encuentra guardada por diez hombres, los cuales ejercen una vigilancia poco precavida.

—De acuerdo —dijo el jefe del grupo—, ha llegado, pues, el momento de que rescatemos ese aparato.

De nuevo se pusieron en marcha y unos cincuenta minutos más tarde avistaban el *Zodíaco-3*. Harry reconoció el sector donde habían hecho el aterrizaje y fueron hechos prisioneros por los hombres de Togur. El *Zodíaco-3* reposaba majestuosamente, pálidamente iluminado por la semioscuridad en la que estaba sumido eternamente el planeta de Togur. Al pie del aparato y en un pequeño vivac había un grupo de hombres encargados de la vigilancia de éste.

Al amparo do las sinuosidades del terreno y arrastrándose por el suelo, los hombres de Alfa se acercaron a unos cien metros del aparato. El jefe del grupo dio unas cuantas órdenes y dos hombres se levantaron del suelo y se encaminaron rectamente hacia el pequeño campamento de Togur. Cuando fueron vistos por el grupo de vigilancia, hubo un movimiento general de alarma y los diez hombres se lanzaron a la captura de éstos, a los que no dudaban en calificar como hombres de Alfa, pues los habían reconocido por las vestiduras que llevaban.

Los dos hombres destacados como señuelo esperaron a tener a sus enemigos a unos treinta metros do distancia. Entonces, volvieron hacia atrás en veloz carrera, perseguidos de cerca por los

hombres de Togur. Harry vio como el grupo formado por perseguidos y perseguidores se dirigían hacia el lugar donde ellos se encontraban. Un segundo después, los hombres de Alfa saltaban por encima de los cuerpos del pequeño comando, dejando a los hombres de Togur al descubierto. Una voz del jefe del grupo de Alfa hizo que todos los hombres pusieran en acción sus pistolas luminosas. Los diez perseguidores quedaron paralizados bajo el haz de luz concentrada de aquellas armas.

—Toda la intensidad —ordenó el jefe del grupo de Alfa.

En pocos segundos el haz de luz fue subiendo de intensidad y los hombres de Togur empezaron a arder para convertirse poco después en una estela de humo y vapor. La operación había sido tan rápida que Harry no pudo intentar nada por evitarla. Anonadado por la rapidez de la operación aquella oyó como el jefe del grupo ordenaba:

—¡Pronto, al aparato!

Harry se quedó tendido en el suelo, pero el jefe del grupo le apuntó con la pistola:

—¿Vas a traicionarnos?

Harry se dio cuenta que era inútil luchar y se levantó.

En pocos segundos llegaron hasta el *Zodiaco-3* y Harry actuó desde el exterior el mecanismo que abría la escotilla de acceso. Por un segundo los hombres de Alfa se quedaron admirados del interior de aquella poderosa astronave; pero el jefe reaccionó rápidamente.

—¡Compruébalo, terrestre! Y, si está en condiciones, ponlo en marcha.

Quizás un brillo especial en la mirada de Harry le hizo agregar al jefe del grupo:

—Si no está en condiciones de volar, ten la seguridad de que los minutos que te quedan de vida son contados.

Aquellas palabras y la actitud vigilante de los demás hombres hizo que Harry desistiera de cualquier acción contra ellos en aquellos momentos.

—Espero que funcionará todo a la perfección.

Lenta y minuciosamente se puso a comprobar los mandos del aparato y al cabo de unos minutos pudo informar:

—El aparato está en perfectas condiciones. Podemos despegar cuando quieran.

—Está bien, terrestre. Despega —dijo el jefe del grupo.

Harry accionó los mandos v el *Zodíaco-3* comenzó a temblar suavemente. Unos segundos después la tensión atómica había subido hasta el punto necesario, Harry aflojó los mandos, el

Zodíaco-3 se deslizó unos metros e inmediatamente despegó; en breves espirales fue elevándose, obedeciendo fácilmente a los mandos que manipulaba Harry. Lentamente fue ganando altura hasta encontrarse a unos 1500 metros.

—Creo que ya está bien —dijo el que mandaba el grupo.

—Y ahora, ¿qué hago? —preguntó Harry.

—Nos dirigiremos hacia las torres que están al borde del cráter que da entrada al pueblo de Alfa. Nuestro objetivo es destruirlas.

Harry consultó algunos instrumentos para orientación y cambió de rumbo en la dirección ordenada por el jefe del grupo.

—Y dinos, terrestre, ¿cómo piensas destruir esas torres?

—Creo —dijo Harry— que será suficiente con alguna descarga de rayos caloríficos a un millón de grados de temperatura.

El jefe del grupo recapacitó un instante.

—Sí; me parece que eso será suficiente. Tenemos hecho un análisis completo de la construcción de esas torres y creo que se fundirán mucho antes de alcanzar el millón de grados de temperatura.

Harry guardó silencio y lo mismo hicieron los demás hombres del grupo, aunque su actitud continuaba absolutamente vigilante. Durante el trayecto, Harry se volvió discretamente y pudo ver los ojos del jefe del grupo clavados en su nuca y aquella extraña pistola apuntándole a la espalda. Le constaba que cualquier movimiento, cualquier acto sospechoso suyo acabaría con su vida.

En verdad, era un momento difícil. El hacía tiempo que había tomado su partido; estaba dispuesto a luchar al lado de los hombres de Togur, porque ellos representaban la paz y la civilización, contra aquel otro pueblo orgulloso que no sabía resignarse a su suerte y quería cambiarla destruyendo a su pueblo hermano. Pero ¿cómo actuar? Indudablemente no pensaba destruir las torres que tan eficaz servicio hacían al pueblo de Togur.

Uno de los hombres de Alfa, que miraba a través de las escotillas transparentes, comentó en voz alta:

—Vamos por buen camino. En este momento pasamos por encima de la bio-cripta de la Madre Amak.

Harry se sorprendió un poco de este comentario. Miró él a su vez en la dirección de la tierra y pudo ver que en medio de una gran llanura se levantaba un edificio de forma piramidal, como de unos ciento cincuenta metros de alto y unos sesenta de ancho. Era sorprendente lo que acababa de escuchar. La bio-cripta de la Madre Amak. ¿Se trataría tal vez de un templo religioso? ¿Qué había querido decir aquel hombre?

El jefe del grupo comentó:

—Sí. Es cierto. Entonces nos encontramos a poca distancia de nuestro objetivo.

Luego, dirigiéndose a Harry ordenó:

—Terrestre, prepara tus armas. Dentro de poco avistaremos las torres que pretendemos destruir.

El cerebro de Harry funcionaba a toda prisa. Se acercaba el momento decisivo; había que hacer algo. Volvió a mirar con el rabillo del ojo a los hombres de Alfa y vio que seguían en su actitud vigilante. Los tenía sentados unos tres metros detrás de él. Realmente nada podía hacer. Dio a un pequeño conmutador y se encendió una pantalla telescópica ante sus ojos; la graduó y pudo percibir en la lejanía las torres que eran el objeto de aquella expedición. Un somero cálculo le dio a entender que se encontraba a cincuenta kilómetros de distancia. La marcha del *Zodíaco-3* era muy lenta y todavía tardaría tres o cuatro minutos en llegar.

—Bien —dijo Harry—, necesitaré que me ayuden ustedes.

—Di qué es lo que quieres que hagamos, terrestre.

—Necesito que me ayuden. Yo sólo no puedo manejar los mandos para poner en marcha las armas del *Zodíaco-3*.

Los hombres se pusieron en pie y se acercaron al puesto de pilotaje. Harry les dio las instrucciones necesarias y cada uno se ocupó de una tarea. Lentamente fue disminuyendo la velocidad del aparato. Los hombres de Alfa cumplían atentamente las instrucciones dadas por Harry.

De pronto aceleró el aparato brutalmente. El *Zodíaco-3* dio un tremendo salto en el espacio y todos los hombres que se encontraban de pie cayeron en las posturas más desamparadas.

Aún no se habían repuesto de su sorpresa cuando Harry volvió a evolucionar el aparato en forma brusca y contundente. El mismo apenas si podía tenerse sujeto en la silla de pilotaje. Nuevamente los hombres de Alfa cayeron golpeándose contra las paredes y los distintos utensilios que llenaban la cabina.

Un tercer viraje en ángulo cerradísimo hizo que se estrellaran contra la pared de enfrente a la que había caído.

Durante varios segundos, Harry mandó el *Zodíaco-3* como si se tratara de un animal herido que saltara en todas las direcciones de la manera más imprevista. Poco a poco, los hombres de Alfa fueron lesionándose hasta quedar sin sentido. En el último viraje, Harry mismo fue despedido de su silla y cayó al suelo como un montón informe de materia.

Cuando quiso incorporarse sintió que unas poderosas manos lo

cogían por las piernas y daban con él nuevamente en el suelo. Se trataba del jefe del grupo, que no había perdido el conocimiento.

Entre los dos hombres se entabló una lucha despiadada cuerpo a cuerpo, mientras el *Zodíaco-3* volaba sin mando alguno. El hombre de Alfa aprisionó la garganta de Harry con sus manos poderosas y con un desesperado esfuerzo intentó estrangularlo. Harry notó que le faltaba aire en los pulmones y que la sangre se agolpaba en sus sienes, dándole profundos latigazos. Reuniendo todas sus fuerzas consiguió desprenderse de su agresor mediante un empujón. Se puso en pie y se lanzó sobre éste nuevamente. Trabados los dos hombres rodaron por el suelo y Harry asestó una serie terrible de puñetazos en el estómago de su contrincante a través del traje que lo cubría. Apresuradamente se dirigió hacia su puesto de mando, al objeto de poder controlar el vuelo del *Zodíaco-3* que, milagrosamente, no se había estrellado contra el suelo.

Ya estaba cerca de conseguir su objetivo cuando el hombre de Alfa, que había quedado en el suelo, comenzó a recobrar su conocimiento. Cerca de él había una de las pistolas que habían caído al suelo en la barahúnda infernal a que había sometido a todos Harry.

Un fulgor de odio irreprimible brilló un momento en los ojos del hombre de Alfa. Harry presintió que algo sucedía a sus espaldas y se volvió con el tiempo justo para ver cómo el hombre de Alfa lo apuntaba con su arma. Inició un movimiento para lanzarse contra éste, pero el rayo de luz de la pistola le dio de pleno en el cuerpo, inmovilizándolo. El hombre de Alfa, cegado por el odio y el rencor, comenzó a dar mayor intensidad a aquella luz, con la idea de terminar con la vida de Harry. El cerebro de éste funcionaba perfectamente, aunque sus músculos eran incapaces, de ponerse en acción. Sintió cómo un gran calor empezaba a inundarle todo el cuerpo. Por un momento vio cómo la luz centelleaba subiendo de intensidad. En ese mismo instante comenzó a perder el sentido, mas no sin antes percibir un tremendo golpe que acabó de sumirlo en la inconsciencia.

CAPITULO XII

CUANDO Harry abrió los ojos vio un espectáculo desolador. El *Zodíaco-3* se había estrellado con enorme violencia contra el suelo. La cabina estaba en desorden y heridos o muertos se hallaban los hombres de Alfa, alguno de los cuales se quejaba débilmente, mientras que otros mostraban la rigidez absoluta de la muerte. Algunos de los instrumentos de control estaban completamente destrozados. Al principio apenas si podía percatarse do lo que había sucedido. Luego fue haciéndose la luz en su conciencia. Indudablemente se habían estrellado.

Intentó levantarse y sintió cómo todo su cuerpo estaba profundamente magullado; de la frente hacia la mejilla le corría un hilillo de sangre, y su mano izquierda estaba totalmente hinchada y le resultaba casi imposible moverla; quizás tenía roto algún hueso. Como pudo, arrastrándose, se dirigió hacia una de las escotillas transparentes del aparato. El *Zodíaco-3* se había estrellado contra el suelo, hundiéndose más de la mitad de la astronave en éste.

Volvió a inspeccionar el interior de la cabina y pudo percatarse de que varios de sus enemigos estaban todavía con vida, aunque inconscientes, a consecuencia del gran golpe recibido.

En las condiciones en que se encontraba le hubiera sido imposible continuar la lucha. Por ello decidió escapar cuanto antes de aquel aparato.

Poco a poco se acercó a una de las escotillas de salida, pulsó el botón que actuaba el mecanismo que abría y comprobó con disgusto que no funcionaba. Entonces se dirigió hasta la escotilla de emergencia. Pulsó asimismo el mecanismo, pero esta vez con mayor fortuna y la escotilla se abrió. La posición del aparato le impedía de todo punto usar el pequeño ascensor utilizado para estos casos. Se asomó al exterior y vio que se encontraba a unos trece metros de altura del suelo. En el interior de la cabina de pilotaje, uno de los hombres de Alfa comenzaba a moverse y lentamente se iba incorporando, saliendo de la inconsciencia en que se hallaba.

Harry no lo pensó más. Sacó las piernas al exterior del *Zodíaco-3* y se dejó resbalar lentamente hasta asirse con la mano derecha al borde de la escotilla. Niveló su cuerpo y se dejó caer.

El salto fue tremendo, pero afortunadamente se encontraba en un terreno arcilloso y la caída apenas si tuvo consecuencias. Cuando se despejó del aturdimiento que le produjo el salto, se incorporó y comenzó a marchar con todas las fuerzas que le quedaban para alejarse pronto, cuanto antes, de aquel aparato, en el que todavía anidaba la muerte para él. Durante más de media hora continuó su camino sin detenerse, poniendo la mayor distancia posible entre él y el *Zodíaco-3*. Al cabo de este tiempo se detuvo un minuto, volvió la vista atrás y pudo observar con satisfacción que nadie le seguía; entonces se ocupó un poco de la herida que tenía en la frente; se trataba de un corte superficial, aunque de él manaba abundante sangre. Lentamente, y utilizando sólo su mano derecha, se quitó el traje y la escafandra con los que había salido del pueblo de Alfa y quo le protegía contra las posibles radiaciones de sus forzosos compañeros. Luego arrancó un trozo de su camisa y procuró hacerse una compresa para la herida de la frente. Cuando hubo repuesto un poco sus fuerzas continuó su camino.

Durante varias horas fue caminando por una inmensa llanura, sin que encontrara el más ligero signo de vida. Ya comenzaba a desesperar de su situación, cuando divisó en lontananza un edificio. Se dirigió en aquella dirección y unos momentos después podía contemplar a lo lejos un extraño edificio. De cualquier modo que fuese se dirigió hacia allí. Sabía que aquel edificio pertenecía a los hombres de Togur y estaba seguro de encontrar entre ellos los aliados necesarios y los cuidados que precisaba.

Durante más de una hora siguió avanzando hasta que se encentró en las proximidades del edificio. Tenía un aire extraño que le parecía recordar alguna cosa. De pronto se hizo la luz en su cerebro. Se trataba de aquel edificio de forma piramidal que había visto desde la altura, a través de una de las escotillas transparentes del *Zodíaco-3*.

¿Cómo había dicho aquel hombre que se llama? ¡Ah! Sí. Era la bio-cripta de la Madre Amak.

Con redoblado ánimo se dirigió hacia allí. Unos minutos después, llegaba al pie de aquella gran pirámide. No había nadie en los alrededores. Fue rodeándolo y, por fin, encontró una puerta que daba entrada al interior de la pirámide. Se trataba de una puerta abierta en la fachada y que introducía al interior de la pirámide a lo largo de un estrecho pasillo. Este pasillo desembocaba en una gran sala rectangular, en el centro de la cual y en el suelo se veía una especie de trampa por la que salía una luz un poco más intensa que la tenue luz que llenaba aquella sala.

Harry se acercó allí y vio que tenía a sus pies una escalera que descendía en espiral hacia el fondo subterráneo de aquella pirámide.

—¿Quién hay aquí? —gritó.

Pero sólo recibió el silencio respondiendo a su pregunta. Volvió a gritar, esta vez con más fuerza, y de nuevo obtuvo la misma contestación. Sintió que sus fuerzas iban debilitándose y se decidió a bajar por aquella escalera en busca de alguna ayuda. Lentamente fue descendiendo por aquellos peldaños hasta llegar a lo quo parecía el final de la escalera. Siguió un nuevo pasillo que so abría ante él, y esta vez desembocó en una habitación circular de regulares dimensiones. En el centro de la misma se levantaba un extraño túmulo, y una violácea luz lo iluminaba todo suavemente. Prestó atención y vio que se trataba de una especie de bloque de hielo transparente de forma cúbica. Se aproximó, y vio con asombro que dentro del bloque y en actitud extática se encontraba una mujer. Sus ojos recorrieron ávidamente aquel ser. Se trataba de una mujer joven, de excepcional belleza. Su frente era noble y despejada. Sus facciones eran perfectas y la proporción de su cuerpo, que se adivinaba bajo tenue túnica que la cubría, parecía ser también admirable.

El hecho era tan sorprendente que Harry no se atrevía a sacar ninguna conclusión de aquello. Lentamente fue rodeando aquel túmulo, y de nuevo hubo de sorprenderse al ver que a la otra parte había también un hombre, en el cual se adivinaba asimismo la majestuosa nobleza que conviene a los seres verdaderamente superiores. Harry se frotó los ojos como esperando despertar de un sueño. De nuevo rodeó aquel túmulo y se paró frente a la mujer. Parecía estar dormida. Aun en aquella inmovilidad, absoluta se desprendía de ella un encanto misterioso e inefable. De pronto, una idea le asaltó el pensamiento. Se debía tratar de la Madre Amak. Sí; los hombres de Alfa habían dicho que volaban por encima de la bio-cripta de la Madre Amak o indudablemente debían de referirse a aquella hermosa mujer, en la cual parecían coincidir todas las perfecciones humanas. Quizás se tratase de una ilustre antepasada de Togur. Tal vez aquella especie de bloque transparente de hielo, en el interior del cual se hallaban estos dos seres, era un procedimiento especial para conservar los cadáveres de la misma manera que en la Tierra se hacía por medio del embalsamamiento. Su emoción, ante aquella presencia, era inenarrable. Poco a poco fue dominando su excitación y observó más atentamente aquella habitación en la que se encontraba. Estaba desnuda de todo otro

objeto, mueble o utensilio. Solamente era de resaltar aquella violácea luz que lo inundaba todo, sin que se viera la fuente de la cual procedía. La habitación no tenía otra puerta que aquella por la que él había entrado en aquella especie de santuario. Reaccionó y comprendió que era imposible continuar allí su estancia sin tomar alguna medida. Quizás los hombres de Alfa que habían quedado vivos en el interior del *Zodíaco-3* se habían rehecho de la conmoción y habían salido en su persecución. Tal vez en aquellos momentos estuvieran acercándose a la bio-cripta de la Madre Amak. Con una última mirada se despidió de aquellos dos seres que permanecían extáticos y silenciosos dentro de su prisión de transparente materia, y bañados por aquella pálida luz que daba un tinte todavía más misterioso a aquel recinto.

Rápidamente se dirigió hacia la puerta, por la cual se había introducido. Ya había recorrido la mitad del pequeño pasillo que conducía a la escalera, cuando en la planta superior de aquel edificio escuchó unas voces. Harry se detuvo, volvió luego el camino andado y se situó detrás del bloque transparente. Ahora se escuchaban las voces más claras y, un segundo después, pudo notar con sorpresa y temor que varios hombres descendían por la escalera que él había bajado unos minutos antes. Interiormente se maldijo por haberse dejado sorprender. Tal vez si hubiera obrado con más rapidez podría haber esquivado a sus enemigos.

Aspiró profundamente, para oxigenar la sangre y llevar vigor a sus músculos. Intentó mover su mano izquierda y vio que le sería de todo punto imposible servirse de ella, porque el más leve movimiento le producía un dolor insoportable. Las voces se acercaban junto con el rumor de pasos. De pronto, y bajo la pálida luz de la habitación, se vio la silueta de aquellos hombres, que venían a marchas forzadas. Harry intentó acurrucarse detrás del bloque, pero la transparencia del mismo hizo que fuera descubierto por sus agresores. El que parecía mandar el grupo dio órdenes en el extraño idioma de Togur y los hombres se dividieron en dos ramas, cada una de las cuales se dirigió a rodear el bloque de materia transparente. Harry recibió al primero que le llegó por la derecha con un tremendo puñetazo que lo lanzó contra sus compañeros; pero el grupo que le llegaba por la Izquierda se abalanzó rápidamente sobre él y en breves instantes consiguieron dominarlo. Harry se debatía, pero inútilmente. Sus aprehensores eran unos catorce o quince y lo tenían totalmente inmovilizado. Una cosa le sorprendió extraordinariamente: iban vestidos a la usanza de los hombros de Togur, es decir, sin aquel traje antiradioactivo que

empleaban los hombros de Alfa. Un rayo de esperanza inundó su cerebro.

—¡No soy un hombre de Alfa! —dijo—. ¡No soy un hombre de Alfa!

El jefe del grupo dio una orden a los que sujetaban a Harry. Este pudo Incorporarse.

—Soy un amigo —dijo—. Vengo en son de paz y no en son de guerra.

El jefe del grupo habló con voz suave y franca:

—Sí. Vemos claramente que no eres un hombre de Alfa. Tú eres el extranjero huésped de Togur, ¿no es así?

—Eso es —respondió Harry.

Harry explicó en breves palabras su aventura.

—No sé si habrá llegado a vuestros oídos que fui aprisionado por los hombres de Alfa, hace algunos días.

—Sí, teníamos noticias de ello —dijo el que capitaneaba aquel grupo.

—Pues bien; he conseguido salir de ese endemoniado pueblo.

—Y ¿cómo lo has conseguido? En el *Zodíaco-3* hemos encontrado los cadáveres de algunos hombres de Alfa y cuatro o cinco hombres más heridos.

—El intento de los hombres de Alfa —continuó Harry— era destruir las torres de seguridad que hay en el cráter de la entrada a su pueblo.

—Y ¿cómo pensaban hacerlo?

—Pretendían utilizar las armas de mi astronave.

—Y tú, ¿te prestaste a ello?

—En principio, si. No veía posibilidad alguna de escapar de aquel endemoniado agujero. Entonces hice como si accediese a sus pretensiones y así fue como iniciamos la operación. Mientras un grupo de Alfa distraía la atención del Comando que vigila a este pueblo, otro pequeño grupo, de los cuales formaba yo parte, salía sin ser visto.

—¿Y cómo conseguiste burlar a tus enemigos?

—Fue cuestión de un momento. Conseguí ponerlos en pie y luego, haciendo bruscos y violentos virajes con mi aparato, llegué a hacerlos chocar contra las paredes metálicas del *Zodíaco-3*. El resto ya lo conocéis vosotros. Una lucha con uno de estos hombres me obligó a dejar los mandos del *Zodíaco-3* y, al final, nos estrellamos contra el suelo. Salí de allí como pude y luego me encontré con este extraño edificio en el que pensé encontrar auxilio.

—Pues has tenido suerte, extranjero —le contestó su interlocutor

—. Afortunadamente hemos llegado hasta aquí en nuestra precipitación, sin armas, de lo contrario no hubieras tenido tiempo de explicarte.

—Pues sí que ha sido una verdadera suerte —comentó Harry.

—No. No creas que somos un pueblo despiadado —dijo aquel hombre—; pero de haber creído que se trataba de un hombre de Alfa y de haber tenido nuestras armas, hubiéramos disparado rápidamente, de lo contrario hubiéramos sido víctimas de él.

Los hombres entraron ya en una charla general con satisfacción y camaradería, hasta que Harry les interrumpió.

—¿Puede saberse donde me encuentro?

—Sí —dijo uno de ellos—. Estás en la bio-cripta de la Madre Amak.

—Es la segunda vez que oigo ese nombre —continuó Harry— pero ¿quién es la Madre Amak?

Su interlocutor dirigió una mirada cariñosa hacia el bloque transparente en el que se velan las figuras del anciano y la dama.

—Esa mujer es la Madre Amak.

—Bueno, pero se trata de...

—Verás, extranjero. Esa mujer es una antepasada nuestra. Hace treinta mil años que se encuentra aquí.

—Es maravilloso —dijo Harry —; indudablemente vuestros procedimientos para la conservación de los cadáveres son muy superiores a los de la Tierra. Incluso ni en el antiguo y casi legendario Egipto se conseguía una conservación tan perfecta.

—No es un cadáver.

—Bueno, discúlpame si es que trato con poco respeto a esta mujer.

—No, no es que la trates con poco respeto, es que realmente esa mujer so encuentra en una situación especial.

Harry inundó sus ojos con una interrogación:

—¿A qué quieres referirte?

El hombre iba a darle una explicación cuando, de pronto lo pensó mejor.

—Perdóname que no te lo explique ahora; pero por las noticias que me has dado puedo observar que el pueblo de Alfa intenta una operación de gran envergadura contra nuestro pacífico pueblo. Creo necesario que cuanto antes comuniques tus noticias al jefe Acrón.

Harry comprendió la verdadera agudeza do aquellas palabras y se mostró dispuesto a partir cuanto antes. El jefe de aquellos hombres dio unas instrucciones a los hombres de Togur y Harry salió, acompañado por cuatro de aquellos hombres, hacia el exterior

de la bio-cripta de la Madre Amak.

Cuando llegaron a la parte exterior de la pirámide le condujeron hacia la parte Este y Harry vio un pequeño garaje donde se almacenaban algunos vehículos. Uno de los hombres le indicó a que pasara al interior de uno de ellos, de forma circular y que tendría aproximadamente tres metros de diámetro por unos dos metros de alto.

—Sube, extranjero —dijo brevemente el hombre—. Las noticias que tienes son importantes y, en este caso, creo que podremos emplear sin contradecir las leyes uno de nuestros vehículos.

Harry se acomodó en compañía de los demás hombres, en uno de estos vehículos. Este se deslizó suavemente por el suelo hasta que se encontró en campo libre. Cuando hubo conseguido, pues, distanciarse unos doscientos metros de la bio-cripta de la Madre Amak, el aparato comenzó a ascender vertiginosamente y, en pocos segundos, adquirió una velocidad fantástica; luego comenzó a describir una parábola y lentamente fue descendiendo.

Harry apenas si podía dar crédito a sus ojos. A sus pies empezaba a dibujarse la gran ciudad que era el centro urbano más importante del pueblo de Togur. El aparato aminoró su marcha y, poco a poco, se posó en el suelo. El viaje había sido asombroso. En total el recorrido habría durado quince o veinte segundos. El aparato, con una precisión admirable, había descrito una maravillosa curva que llevaba desde el lugar de origen hasta aquella ciudad. Ni por un solo instante pudo percibir Harry la celeridad del mismo. Un sistema interior de suspensión perfecta le había hecho el viaje completamente insensible. Apenas tocó el suelo, otro pequeño vehículo terrestre se paró al lado de aquel en que habían hecho el viaje Harry y sus acompañantes. Cuando salió al exterior Harry, los hombres que estaban en el vehículo que había parado al lado de aquella especie de platillo volante le invitaron a entrar en el nuevo aparato. Harry obedeció sin rechistar y unos segundos después, aquella especie de automóvil surcó raudamente las avenidas de la gran ciudad de Togur, en dirección a la residencia de Acrón.

CAPITULO XIII

HARRY, acompañado por uno de los hombres que lo habían esperado en el automóvil, volvió a subir las escaleras que ya conocía y que conducían al gran salón, donde conversó con Acrón días pasados.

Apenas se abrió la puerta pudo notar un movimiento de apresurada expectación entre los hombres que allí estaban. Harry se dirigió hacia allí con paso rápido y vio, de pronto, que un hombre se abalanzaba hacia él con los brazos tendidos. Era Chester.

—¡Vive el cielo, que me produces una gran satisfacción, muchacho! —le dijo Chester, mientras lo abrazaba afanosamente—. Por un momento llegué a creer que me había convertido en el único representante de la Tierra en el Universo.

Harry respondió al abrazo.

—Ten la seguridad, querido Chester, de que haré todo lo posible para que eso no suceda.

—Bien, bien, viejo camarada. Empiezo a recobrar la confianza en mí mismo. Te puedo asegurar que, por un momento, y a pesar de que encontré en nuestros amigos de Togur un excelente consuelo, llegué a desesperarme.

Acabadas, pues, las muestras de efusión por parte de ambos amigos, Harry se volvió hacia el grupo de seres que estaban expectantes y, a pocos metros, divisó la noble figura de Acrón, el cual se adelantaba en aquellos momentos, para dar la bienvenida al recién llegado.

—Me produce una gran satisfacción verte, terrestre. Hemos temido y sufrido mucho por ti.

—Gracias —dijo Harry conmovido—. Yo también he sufrido bastante. Era como haber pasado sin transición alguna del cielo al infierno.

Acrón se volvió hacia el grupo de hombres que le habían estado acompañando hasta aquel instante y en su extraño idioma les ordenó que se retiraran. Luego, ya solos, arrastró a Harry y Chester hacia tinos cómodos asientos y les invitó a sentarse.

—¿Qué es lo que tienes en la frente? —preguntó solícito.

—Apenas nada —contestó Harry—. Una herida que no ha

interesado al hueso.

—Debes de haber luchado como un demonio —comentó Chester —; estás lleno de cardenales y tu ropa aparece casi totalmente destrozada.

—Sí. No ha sido fácil evadirse del pueblo de Alfa.

— ¡Cuéntanos! ¡Cuéntanos! —animó Chester.

Harry hizo un detallado relato de su aventura, desde que perdió el conocimiento, hasta aquellos momentos. Chester y Acrón escuchaban atentamente. Cuando hubo terminado, el anciano jefe del pueblo de Togur quedó pensativo unos instantes.

—Parece ser que los desdichados hombres de Alfa están decididos a emprender una guerra total contra nuestro pueblo.

—Yo así lo creo —confirmó Harry—. La actitud de esos hombres es franca y decididamente hostil. Su mismo intento de destruir la torre de vigilancia indica que está muy próximo el momento, como ellos mismos me lo comunicaron en distintas ocasiones.

—Os aseguro, terrestres, que hubiera preferido no ver esa lucha fratricida. Los pueblos de Alfa y de Togur son, en la actualidad, bastante distintos; pero sin embargo, yo no olvido que proceden de la misma raza y que poseen la misma sangre.

En distintas ocasiones hemos intentado convencerles para que aceptaran su situación con resignación. Dentro de algunos miles de años esta raza habrá perdido su radioactividad y entonces hubiera podido salir a la superficie a fundirse con sus hermanos de Togur y vivir la misma vida que éstos llevan; pero no han querido esperar. Unos miles de años en la historia de un pueblo no son gran cosa, pero a veces la soberbia y el rencor adoptan la forma de reivindicaciones nacionales.

Luego, el anciano se detuvo e intentó recordar alguna cosa.

—No sé. Ha habido algo en tu informe que me ha sorprendido, pero que en este momento no recuerdo.

Harry repasó brevemente los puntos principales del informe que le había dado a Acrón, sin acertar a dar con el detalle que le interesaba al anciano.

—Perdonadme, pero he do concentrarme para extraer de mi memoria el recuerdo que me hace falta.

Cerró los ojos y se concentró intensamente. Unos segundos después volvía a abrirlos con un gesto de triunfo en la mirada.

—Ya recuerdo. Me has dicho que oíste hablar a los hombres de Alfa de una cierta sustancia llamada «Alfaneutrium».

—Así es —dijo Harry—. No puedo sacar conclusión alguna sobre qué clase de sustancia es o para qué piensan utilizarla.

—Quizás es el punto más interesante de tu informe y desgraciadamente el más oscuro.

Los hombres continuaron su charla por espacio de unas horas, y Harry amplió hasta donde pudo todos los puntos que interesaban a Acrón. Este dio por terminada la reunión e invitó a Harry y a Chester a ocupar sus habitaciones.

Ya se despedían, cuando la curiosidad de Harry le hizo interpelar al anciano:

—Lo que más me ha sorprendido de esta extraña aventura es la forzosa visita que he hecho a la bio-cripta de la Madre Amak. Es algo que me ha impresionado vivamente.

—Ese es el nombre que le ha dado este pueblo a ese recinto. La mujer que has visto allí se llama Amak y es una antepasada nuestra. El hombre nació hace cinco mil años, y la mujer, dos mil. El anciano que está a su lado es el padre Actor, asimismo antepasado nuestro.

—¡Caramba, Harry! —dijo Chester—. Las cosas que pierde uno de ver por quedarse cómodamente sentado en casa.

—Y ¿cómo consiguen ustedes conservar tan bien los cadáveres? —preguntó Harry.

—No se trata de cadáveres. Se trata dedos seres vivos.

—¿Cómo? —dijeron los dos hombres al unísono.

—Sí —continuó Acrón con una sonrisa—, es una de las conquistas de nuestra civilización. Tanto Actor como la Madre Amak están en un estado de vida latente por medio de de la invernación total.

—Es la noticia más extraordinaria que he oído en mi vida —dijo Harry.

—El bloque, dentro del cual has visto a esos dos seres —continuó Acrón— es un gas solidificado por complicados procedimientos. La temperatura del interior del bloque ha paralizado completamente casi todas las funciones vitales de esos dos seres y la luz que baña el bloque está constituida por radiaciones especiales que mantienen vivos los tejidos del organismo humano. La explicación científica sería demasiado larga y enojosa. Baste, pues, con esto que os digo.

Harry y Chester se miraron sorprendidos ante la revelación del anciano.

—Creo adivinar en tus ojos una nueva pregunta —dijo Acrón—. El porqué hemos tenido a esos dos seres en esas condiciones. ¿No es así?

—He de confesar —dijo Chester— que me estaba preguntando

ese por qué.

—La cuestión es la siguiente: Nuestro planeta, como creo haberos dicho en alguna ocasión, padece el terrible mal de la entropía. Dentro de mil años, la entropía habrá crecido de tal manera, que tanto el movimiento como la vida habrá cesado de existir en nuestro planeta. Nosotros no sabemos qué solución darle a ese problema, de manera que podemos decir que conocemos a fecha cierta cuál será el fin de este planeta, sobre el cual se han desarrollado los pueblos de Alfa y Togur, creando su civilización, llenándolo de ilusiones, de esperanzas y de deseos.

—Y ¿qué tiene que ver eso con Actor y la Madre Amak?

—Nuestro pueblo, como vosotros habéis tenido ocasión de observar, ha evolucionado ampliamente, de tal forma que el cerebro de los hombres de Alfa y Togur so encuentra extraordinariamente desarrollado. Nuestra raza ha dado, a lo largo de su historia, dos seres excepcionales. Dos seres, en los cuales la capacidad mental, tan desarrollada entre nuestros hombres, ha adquirido una maravillosa amplitud. Estos dos seres son Actor y la Madre Amak. Cuando pasaron el examen fisio-psíquico se demostró que eran seres, en los cuales la capacidad mental había llegado hasta el límite posible dentro de nuestra especie. Entonces se sabía, como ahora, que la existencia de nuestro planeta era de unos treinta y cinco mil años y se decidió que estos dos seres quedarían en vida latente para ser despertados quinientos años antes de que la entropía fuera total, al objeto de ver si, con su cerebro y los procedimientos técnicos que se hubieran ido acumulando en el transcurso de este tiempo, eran capaces de dar la solución del terrible problema que tiene planteado nuestro planeta. Y ahí está explicado —concluyó el viejo— el por qué de la bio-cripta y de la especial conservación de esos dos seres. Dentro de dos mil quinientos años volverán a la vida, e intentarán dar una solución al problema de la entropía. Si lo consiguen, nuestro pueblo seguirá viviendo sobre la superficie de este planeta. Si no, se borrará de la misma sin que quede huella de él al cabo del tiempo.

El anciano terminó y Harry y Chester fueron incapaces de hacer el menor comentario ante lo extraordinario de aquel relato.

Fue Acrón el que intervino de nuevo, para incitarles a que hicieran lo necesario para reparar sus fuerzas mientras él se dirigía a reunirse con los pro-hombres de Togur, al objeto de tomar las medidas necesarias para enfrentar una eventual invasión por parte de los hombres de Alfa.

CAPITULO XIV

DESPUES de la última conversación sostenida con Acrón, Harry y Chester se dedicaron a compenetrarse con el pueblo de Togur. Ningún acontecimiento nuevo volvió a turbar, durante algunos días, la paz de aquel pueblo; pero la atmósfera presagiaba tormenta y Harry y Chester solicitaron participar en el ejército de Togur que se aprestaba para el último combate. Fueron aceptados con mucho gusto y, en poco tiempo, demostraron su capacidad de adaptación.

Los hombres de Togur, aunque excepcionalmente inteligentes, o quizás por serlo, dominaban múltiples aspectos de la técnica, pero sabían poco del arte de guerrear. El planeta hacía miles de años que se encontraba en una paz absoluta y, por lo tanto, poca era la preocupación de aquellos hombres, hasta aquel momento, por hacer los planes apropiados.

Asimismo, una guerra con el pueblo de Alfa tenía que realizarse forzosamente en un solo sector del planeta: el cráter, por el cual podía salir a la superficie el pueblo beligerante.

Chester fue destinado al ejército de tierra y, poco tiempo después, se le encomendó el mando de uno de los tres grupos de este ejército. Su gran experiencia como jefe de comandos que fue en la Tierra, le capacitaba perfectamente para el desempeño de su función.

Harry fue destinado al pequeño, pero poderoso ejército del aire, y también se adaptó maravillosamente, gracias a los profundísimos conocimientos de aeronáutica que poseía.

Durante un par de semanas se fueron Introduciendo en la técnica de aquel pueblo y así, con este afán, fue transcurriendo el tiempo sin que notaran su paso, cargado de presagios para un futuro próximo. Pero un día, la que hasta entonces fue una relativa paz se convirtió en un hervidero de actividad.

Una terrible explosión recorrió los ámbitos de casi toda la parte habitada de Togur. Este pueblo, no muy numeroso, al objeto de evitar el gasto inútil de energía y de hacer movimientos inútiles, se había agrupado en la gran ciudad que ya conocían Chester y Harry como si fuera una de las de la Tierra, y esta ciudad se encontraba a una veintena escasa de kilómetros del cráter de Alfa. Por ello, la tremenda explosión que provenía de aquel lugar puso en guardia a

todos los hombres de Togur, e inmediatamente se movilizó hasta el último hombre disponible para el combate.

Los partes que llegaban del pueblo de Alfa eran asombrosos. Según ellos, unas inexplicables y poderosísimas explosiones habían destruido totalmente las dos torres que vigilaban la seguridad del pueblo de Togur. Y lo más asombroso del caso era que la cubierta de supergrafito que cubría el fondo del cráter no se había descorrido.

Acrón se reunió con sus más importantes jefes e invitó a Chester y Harry a que asistieran a la reunión.

La exposición de los acontecimientos dejó a todos atónitos. Acrón había hablado durante una hora, fría y desapasionadamente, exponiendo los hechos tal y como se desprendían de los detalladísimos informes que había recibido. Garmak, el General en Jefe de los Ejércitos de Togur, tomó la palabra.

—¡Esto no encaja en nuestras previsiones. ¿Cómo es posible que esas torres hayan sufrido semejante atentado sin que los hombres de Alfa salieran de su escondite?

—Eso es lo que no conseguimos comprender nadie —dijo Kalium, Jefe del Servicio Aéreo.

—Tal vez tengamos que pensar —continuó Garmak— que cuentan con aliados en nuestro pueblo.

Un movimiento general de sorpresa se inició entre los asistentes.

—No creo que eso sea posible —intervino Roick—. Nuestro pueblo está demasiado civilizado para que ninguno de nuestros componentes caiga en semejante despreciable situación.

—Estoy acostumbrado a observar hechos —continuó Garmak— y los hechos no tienen otra explicación que la que he expuesto.

—¿Puedo intervenir? —dijo Harry.

—Habla, terrestre —aprobó Acrón con una mirada.

—Tal vez lo peor para nosotros —prosiguió Harry— sea perder la serenidad. No dudo de la gran sagacidad de Garmak, pero quizá sus conclusiones sean precipitadas.

—Admito que pueden serlo —dijo el aludido—, pero ¿qué otra explicación posible cabe para este caso?

—Tal vez la explicación sea la siguiente —contestó Harry—: De la misma manera que hace unas semanas los hombres de Alfa mandaron al sacrificio a un grupo, con objeto de que otro pequeño grupo, del cual formaba parte yo, pudiera salir desapercibido y dirigirse hacia el rescate del *Zodíaco-3*, pudo haber un tercer grupo, que saliera igualmente desapercibido en estos momentos de lucha, y que haya vegetado en la superficie del planeta, hasta encontrar un

momento adecuado para hacer volar las torres.

Roick miró a Harry y asintió con una mirada.

—Eso es posible —dijo Kalium—. Tal vez los hombres de Alfa han tenido durante este tiempo un grupo en la superficie de Togur, esperando el momento propicio para entrar en acción.

Garmak quedó pensativo un segundo y luego tomó la palabra:

—Si; me inclino más bien por esta hipótesis. Es muy difícil llegar a creer que en nuestro pueblo hayan traidores semejantes. Lo más lógico es que el pueblo de Alfa haya procedido como lo ha expuesto sagazmente nuestro amigo terrestre.

La reunión continuó y los hombres allí congregados se fueron poniendo de acuerdo sobre los principales puntos del programa a desarrollar. Cada día llegaba un parte de las fuerzas destacadas cerca del cráter de Alfa que, invariablemente, decía lo mismo: «Sin novedad».

Por último, se tomaren las decisiones finales. Se hizo un silencio general y Garmak, puesto de pie, dio las últimas instrucciones:

—Entonces creo que lo más conveniente es que aportemos el máximo de nuestras fuerzas al cráter de Alfa. El terrestre Chester desplegará los suyos en una semi-circunferencia que irá desde el Este al Oeste, pasando por el Norte. Yo desplegaré las mías en la otra semi-circunferencia, que irá de Este a Oeste, pasando por el Sur. En cuanto al Comando Aéreo, Kalium mandará las fuerzas generales de reserva y el terrestre Harry las de vanguardia.

Resueltos ya los problemas más importantes, Acrón levantó la sesión, no sin antes dirigir unas conmovidas palabras a todos los presentes:

—Hombres de Togur —dijo—: la obcecación de unos seres de nuestra misma sangre nos fuerza a esta lucha. Yo ruego que se arrepientan de su decisión y no desencadenen esta terrible guerra; más si lo hacen os pido a vosotros que seáis todo lo clementes que podáis ser y confiéis en que Dios nos dará la victoria.

La sesión quedó terminada. Los hombres fueron saliendo. Harry y Chester iban juntos hablando animadamente, cuando les detuvo Garmak:

—Chester.

—A la orden, mi general.

—Espero que tomes rápidamente los medios necesarios para trasladarte con tus fuerzas al cráter de Alfa.

—Es cuestión de unas horas nada más.

—Como jefes de las dos alas de tu ejército llevarás a Roick y a Tamor.

—De acuerdo. A Roick lo conozco y creo que será un magnífico jefe de grupo.

—Estoy convencido do ello. También Tamor tiene una gran capacidad para la guerra.

—No conozco a Tamor —dijo Chester.

—No ha podido venir —dijo Garmak—; le había encargado yo una misión; pero se te presentará dentro do breves horas.

—Está bien, Garmak.

—Bueno: suerte —fue la despedida de éste último para los dos amigos.

Cuando hubieron llegado al exterior del edificio, los dos se encaminaron hacia su nuevo alojamiento. Aunque no les gustaba esta guerra y despreciaban toda violencia, sentían sin embargo hervir la sangre, como consecuencia de su condición innata de luchadores.

En aquellos momentos Harry decía a Chester:

—No me gusta que los hombres se maten entre sí. Es un sentimiento primitivo y brutal el de la guerra, pero… ¡por las barbas del profeta! Estos hombres de Togur tienen toda la razón y merecen nuestra ayuda.

—Así lo creo yo, Harry. En verdad que me apetece poco el tener que luchar a muerte con otros semejantes, pero tampoco estoy dispuesto a acostarme en mi cama y dejar que vengan a rebanarme el cuello.

—Eso ten la seguridad de que no sucederá, por lo menos por el procedimiento que tú crees, es decir, el de rebanarte el cuello. Creo que los hombres de Alfa tienen unos procedimientos algo más elegantes —terminó con sorna Harry

Cuando llegaron a su alojamiento, un hombre esperaba a Harry.

—Terrestre —fue el saludo—, Kalium me envía a buscarte. Quiere que vayas inmediatamente a su lado para hacerte entrega definitiva del mando que has asumido.

—Está bien —contestó Harry—. Voy contigo.

Se volvió hacia Chester y fijó su mirada serena en la cara del viejo y querido amigo. Los dos hombres se encontraban casi incapaces de pronunciar una sola palabra y se estrecharon las manos fuertemente.

Por fin, Chester pudo articular las primeras palabras:

—Bueno, Harry, esto parece una despedida.

—Así es —contestó Harry, conmovido.

—De acuerdo, muchacho. Sólo te pido una cosa, viejo Harry.

—¿Qué es?

—Que si en algún momento solicito que cubras mi frente con el paraguas de tus aviones, hazlo. Me encontraré más tranquilo.

—Ten la seguridad de que no habrá ninguna negligencia por mi parte.

Los dos hombres se abrazaron y, sin decir una sola palabra más, se separaron. Harry se dirigió con su acompañante hacia el Cuartel General de Kalium, el cual lo estaba esperando.

—No debemos perder tiempo —fueron las palabras de bienvenida que lo dirigió Kalium—. He ordenado ya el traslado de las fuerzas aéreas que te corresponden, con el objeto de salir cuanto antes hacia el sector del cráter de Alfa.

—Entonces ¿debo partir ahora hacia allí?

—Así lo creo yo, terrestre.

—¿Qué vehículo puedo utilizar?

—Desde ahora puedes utilizar tu propio aparato. No hay restricción ninguna para el movimiento. Es un caso de fuerza mayor y hemos de acelerar nuestras acciones, aun corriendo el peligro de acrecentar desmesuradamente la entropía que ya pesa sobro nuestro planeta.

—Entonces te pido permiso para incorporarme con mis fuerzas —dijo Harry.

—Parte, terrestre, y que la suerte y Dios te acompañen.

Harry se despidió de aquel hombre y se encaminó rápidamente hacia el pequeño aeródromo que había en las afueras de la ciudad.

Por el camino, un coche con las insignias del ejército se detuvo y le invitó a subir.

—Me ha enviado Kalium a recogerte —dijo el que lo conducía —. El aeródromo está algo lejos

Harry subió y unos minutos después se encontraba junto a su aparato, el cual se disponía para emprender el vuelo.

* * *

Mientras sucedía esto, Chester comía con gesto pensativo en el comedor de su habitación. Unos discretos golpes en la puerta le advirtieron la presencia de un visitante.

—¡Pase! —fue la respuesta de Chester.

Se abrió la puerta y una muchacha, extremadamente joven, entró en la habitación. Chester la miró sorprendido, a la par que encantado.

—¿Qué es lo que deseas, muchacha? —fue la salutación poco respetuosa.

—Vengo a ponerme a tus órdenes, terrestre.

—¡Caramba! —no pudo menos de exclamar Chester—. ¿A mis órdenes? No es que me desagrade la cosa, pero ¿por qué?

—Porque es mi deber —respondió serenamente la muchacha.

—Bien, bien. No lo tomes así. Si ese es tu deber, cúmplelo escrupulosamente —dijo irónicamente Chester—. Estoy dispuesto a que estés a mis órdenes.

—Creo que no es el momento para las ironías —dijo la muchacha secamente.

—¿No? y entonces ¿para qué es el momento? —continuó Chester con tono de humor.

—Para que partamos hacia el frente. Traigo instrucciones concretas de Garmak.

—A ver, a ver, ¿quieres repetirlo?

—He dicho que debemos partir hacia el frente.

—Veamos, ¿qué es lo que tú tienes que hacer en el frente?

—Tengo que luchar, no tengo otro remedio. He recibido una instrucción especial para ello.

Chester se quedó boquiabierto ante aquella asombrosa respuesta.

—Está bien. Si así tiene que ser, así será; pero nadie me ha anunciado que tú tenías que venir conmigo.

—Te equivocas, terrestre —continuó con impávida serenidad la muchacha—. Garmak me dijo que te habló de mí. Yo soy Tamor.

—¿Cómo? ¿Que tú eres...?

Chester no pudo continuar y lanzó una carcajada.

La muchacha frunció el ceño y en su rostro se vio una decisión poco común.

—Si te parece mal que me llame así —dijo la muchacha— procuraré cambiar de nombre, de personalidad no puedo hacerlo.

Chester frenó su ímpetu y procuró hablar serenamente.

—Perdóname, pero es que ha sido una sorpresa muy grande. No creí que pudiera tener como uno de mis oficiales más inmediatos a una muchacha tan encantadora como tú.

Aunque Tamor quiso recibir aquellas palabras con indiferencia, un ligero brillo en la mirada advirtió que le habían sido satisfactorias.

—Está bien —dijo Chester—. ¿Cuándo debemos partir?

—Ahora mismo.

Chester comprendió que la cosa iba en serio y se dirigió en compañía de la muchacha hasta un vehículo que les esperaba en el exterior de la casa.

CAPITULO XV

LOS días fueron pasando con excitante lentitud.

Durante diez días nada turbó la paz en la superficie de Togur, excepto la agitada vida de los hombres encargados de su defensa.

Chester y Harry habían ocupado ya sus cuarteles generales respectivos y esperaban en una expectativa nerviosa y agotadora. Unos poderosos reflectores inundaban de poderosa luz toda la superficie del cráter de Alfa, mientras el ejército de tierra que lo rodeaba permanecía en la casi oscuridad, sólo bañado por la suave luz azulada que era la característica permanente del planeta Togur. Pero el undécimo día las cosas cambiaron.

Harry recibió una llamada urgente de las fuerzas terrestres de vanguardia.

—¿Qué sucede? —preguntó Harry a través del micrófono de la pantalla de televisión, en la que se reflejaba el rostro de su interlocutor.

—En este momento se está abriendo la estructura de supergrafito —dijo Roick, que no era otro el que comunicaba con Harry.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí; puedes verlo, terrestre.

—Está bien. Corto —dio Harry.

Rápidamente se dirigió hacia la pequeña torre que le servía de puesto de observación, conectó una gran pantalla telescópica y un segundo después pudo ver en ella reflejada toda la zona del cráter de Alfa. Centró los instrumentos de observación y pudo ampliar una pequeña zona donde se veía discurrir una pequeña parte circular de la envoltura de supergrafito.

Harry observó con suma atención. Por fin la plataforma circular quedó a un lado, dejando una abertura de unos trescientos metros de diámetro en el centro de la estructura de supergrafito. Un fulgor fantástico ascendía del interior del pueblo de Alfa. Durante unos minutos no pasó nada, ni apareció nada por aquel pozo abierto para comunicar los pueblos de Alfa y de Togur. Luego, el fulgor que emanaba del Interior fue creciendo en intensidad. Harry pudo observar que algo comenzaba a salir del interior de aquel profundo

pozo. Se trataba de una especie de periscopio de apenas medio metro de diámetro que iba ascendiendo lentamente. Todos los hombres del ejército de tierra habían aprestado sus armas en espera de intervenir en cuanto aparecieran los primeros hombres de Alfa. Aquella especie de periscopio fue ascendiendo hasta alcanzar una altura do unos doscientos cincuenta metros.

—¿Qué demonios irían a hacer con ese extraño aparato? —se preguntó Harry en voz alta.

Uno de sus ayudantes le contestó igualmente asombrado:

—No sé, terrestre. Nada como eso o parecido tenemos en Togur.

Aquella especie de mástil quedó erguido en el centro del cráter de Alfa, ante la expectativa de la mayor parte de los hombres que ocupaban la primera línea, junto al cráter.

De pronto un sordo rumor hizo temblar ligeramente el extraño periscopio y, unos segundos después, su extremo más elevado produjo un asombroso destello de luz intensamente roja. Harry pudo ver con asombro cómo una nube rojiza descendía hacia el suelo y, a su contacto, se elevaba de nuevo hacia el cielo densa nube de vapor. Cuando pasaron los primeros efectos de este extraño fenómeno, Harry observó espantado, a través de su pantalla telescópica, que las primeras líneas de combatientes del pueblo de Togur habían sido destruidas. Aquella nube lo había quemado y calcinado todo. Ni uno sólo de los hombres que ocupaban la vanguardia había salido con vida; incluso las piedras y la tierra se habían retorcido en un dramático gesto de desolación y de muerte. Unos segundos después el aparato infernal volvió a producir un destello semejante al primero, pero cuyo radio de acción fue aproximadamente el doble. De nuevo los efectos fueron terribles. Los hombres que se encontraban más próximos a la zona afectada por la nube mortífera cayeron al suelo convertidos en un montón informe y humeante de materia. Los que ocupaban la línea no afectada todavía por aquella tremenda descarga hicieron un movimiento general de retroceso.

—¿Qué clase de arma puede ser ésta? —preguntó uno de los ayudantes a Harry.

—No puedo precisarlo; pero casi me atrevería a asegurar que se trata de poderosísimas olas de calor. Esos hombres de Alfa son verdaderos diablos.

Luego apartó la mirada de la pantalla y dirigió una orden rápida a uno de sus ayudantes.

— ¡Pronto! ¡Prepárense tres grupos de aparatos!

Desde el interior de la cabina el ayudante se puso en contacto

con los jefes de escuadrilla y en pocos segundos estuvieron dispuestos para emprender el vuelo. Harry salió de la torre en un pequeño vehículo oruga y se trasladó hasta su propio aparato. Subió en él y vio que los pilotos de los tres grupos estaban en sus puestos. Comenzaron a despegar y él lo hizo asimismo, poniéndose a la cabeza de la formación.

La formación de aeronaves, que en aquellos momentos volaba hacia la dirección que Harry habla ordenado, estaba constituida por aparatos tipo «punta de flecha», de unos veinte metros de largo, por doce o catorce de ancho en la parte posterior, pero su tamaño desmentía su terrible eficacia. Eran aparatos con gran autonomía de vuelo y equipados con potentísimas armas.

En pocos segundos se fueron aproximando a la zona de operaciones. Harry pudo distinguir desde su cabina las líneas de los hombres de Togur quo estaban en la retaguardia. Luego, fue introduciéndose en el campo enemigo.

La escena que tenía ante sus ojos era horrorosa. La tierra, agrietada y ennegrecida, mostraba los efectos de aquellas terribles explosiones de nubes caloríficas. Aquí y allá grandes grupos de los hombres de Togur aplastaban contra el suelo la materia inerte de sus cuerpos, cuya vida habían sacrificado heroicamente empujados por las circunstancias fatales por las que atravesaba aquel planeta.

Por último, los aparatos del grupo expedicionario comenzaron ¡a volar sobre el mismo cráter de Alfa. Harry transmitió las órdenes oportunas a sus pilotos.

— ¡Atención, jefes de grupo, vuelo circular sobre el cráter! Altura: mil doscientos metros.

En aquellos momentos, por el paso abierto en la capa del supergrafito, comenzaron a aparecer una serie de extraños objetos. Harry reguló su televisor y pudo percatarse que se trataba de unas esferas de aproximadamente diez metros de diámetro. Eran de una materia oscura y no se veía escotilla o puerta alguna que luciera sospechar la existencia ele su piloto en el interior.

En breves segundos fueron subiendo a la superficie varios centenares de estas esferas, que rápidamente se desplegaron en tal forma que indicaban un orden dispuesto.

Harry transmitió de nuevo órdenes a sus jefes de grupo.

—¡Vuelo en picado! Bombardear con bombas atómicas del tipo B.

El mismo inició la operación descendiendo vertiginosamente sobre aquellas esferas que iban avanzando lentamente sobre la superficie de la tierra, en dirección a las líneas que ocupaban los

hombres del ejército de Togur. Cuando se encontró a unos doscientos metros sobre ellas, Harry accionó los mandos y el aparato salió del picado, al mismo tiempo que dejaba caer un centenar de pequeñas bombas del tamaño aproximado de un huevo.

Sucesivamente los grupos que seguían a Harry hicieron la misma operación, saliendo del picado a velocidad superior a los cincuenta mil kilómetros por hora, velocidad necesaria para poder escapar a los efectos de las explosiones.

En efecto, aquellas bombas pequeñísimas estallaron horrísonamente con una potencia que nadie hubiera sido capaz de sospechar a juzgar por el tamaño.

Una Inmensa nube blanca cubrió todo el cráter de Alfa. La nube fue ascendiendo a una altura de varios kilómetros. Los aparatos de Harry volaban a 50.000 metros de altura, continuando su vuelo circular.

—¡Descendamos a cuatro mil metros!

Los aparatos, sin dejar su vuelo circular, fueron descendiendo. Harry graduó su televisor y miró con detalle la superficie donde habían hecho explosión las bombas. Su asombro fue inmenso: las esferas permanecían intactas y continuaban su avance, rodando sobre la superficie de aquel desdichado planeta.

De nuevo se repitió la operación y nuevamente pudo observar Harry que no había causado la menor mella en aquel extraño ejército geométrico que avanzaba hacia las líneas de Togur.

Harry intentó varias veces más aquel desesperado ataque, pero el fracaso más rotundo coronó su renovado esfuerzo. Por fin, aquellas esferas, en su lento rodar, se habían acercado a poca distancia de las primeras líneas de resistencia y un nuevo fenómeno vino a asombrar a Harry que observaba impotente desde las alturas.

Las esferas empezaron a despedir una extraña fosforescencia, luego fue aumentando la intensidad hasta que se convirtieron en cuerpos extrañamente luminosos, al extremo de parecer blanquísimas esferas de cristal. En pocos segundos los hombres que ocupaban las primeras filas del ejército de Togur comenzaron a retorcerse y caer al suelo entre gritos horribles hasta que un minuto después el silencio más absoluto indicaba el fin de aquellas vidas.

Afortunadamente, Garmak había ordenado retirar el grueso de las fuerzas y aquella oleada de blanquísimas y fulgurantes esferas sólo afectó con su mensaje de muerte a un número relativamente reducido de combatientes. Harry comprendió que la sorpresa cundía entre los hombres del ejército de tierra de Togur.

Era preciso hacer algo.

—¡Atención, jefes del grupo! Atacaremos esos infernales aparatos con bombas de reacción en cadena.

Una vez transmitida la orden, Harry descendió sobre aquellas esferas diabólicas y lanzó bombas de reacción en cadena. Unos segundos después de la pasada, una tremenda explosión atómica en cadena, inundó el campo con su fragoroso estruendo. Cuando se hubo despejado la poderosa nube que cubría la explosión, pudo comprobar con alegría que unas cuantas de las esferas que avanzaban en el frente Sur habían sido eliminadas.

—¡Preparados para otra pasada! —dijo Harry.

Los aviones evolucionaron al objeto de intentar otra nueva pasada. Las esferas, que habían detenido su marcha, comenzaban una serie de extrañas evoluciones. Ya picaban los aparatos de Harry sobre ellas, cuando acabaron de agruparse en pequeños grupos, formando círculo y conectándose unas con otras.... Harry dio la orden de descargar nuevas bombas de reacción en cadena y nuevamente volvió a observar, pasados unos minutos; pero esta vez nada había sucedido a aquellas esferas que tan terriblemente se mostraban a sus enemigos; por el contrario, un cierto halo luminoso las envolvía con una intensidad y colorido distinto al que tenían cuando actuaban individualmente. Indudablemente se trataba del sistema de defensa que tenían aquellos extraños ingenios para poder contrarrestar la eficacia de las bombas de reacción en cadena.

—¡Está bien! —dijo Harry a su piloto—. Por lo menos hemos conseguido que se detengan. Está claro que esas esferas son vulnerables cuando actúan aisladamente. La única defensa que tienen contra nuestras bombas de reacción en cadena es esa posición que han adoptado.

Luego conectó con los jefes de grupo.

—Es preciso que haya siempre un grupo volando sobre esas esferas. En el momento que intenten deshacer su formación hay que atacarles con bombas de reacción en cadena.

Cortó la comunicación y descendió mil metros, al objeto de poder observar más de cerca el campo de combate. En esta tarea estaba cuando el aparato receptor dio la señal de contacto. Harry dio a una pequeña llave y pudo ver en la pantalla de televisión la cara de Chester.

—¿Cómo te encuentras, Chester?

—Estoy bien, Harry; pero necesito tu ayuda.

—¡Dime! ¿Qué te sucede?

—El enemigo está atacando en mi sector con esas diabólicas esferas.

—Voy enseguida, Chester, en tu socorro. No les hagáis frente, pero retroceder ordenadamente cuando veáis aparecer nuestros aparatos para que pueda yo actuar con libertad.

—Está bien, Harry; así lo haremos.

Luego conectó con el jefe de grupo número uno.

—Jefe de grupo número uno. Sígame.

Harry se orientó con los instrumentos de navegación del aparato y se dirigió rápidamente hacia el sector Norte, en el que peleaba Chester.

En pocos segundos llegó hasta allí y una rápida ojeada le hizo percatarse de la situación. Las fuerzas de Chester estaban distribuidas en la pequeña cordillera cubierta de bosques, por la cual había salido Harry en dirección al *Zodíaco-3* cuando era prisionero de los hombres de Alfa. En un amplio frente las esferas avanzaban implacables, penetrando más profundamente en la parte Oeste, que era la que debía de mandar Roick.

Harry dio órdenes al jefe del grupo que le acompañaba y los dos aparatos atacaron con bombas de reacción en cadena al grupo de esferas que estaba más próximo a las líneas de Togur. Los resultados fueron idénticos a los conseguidos en el sector Sur. Después de un par de pasadas algunas docenas de esferas habían sido destruidas, y las demás se agrupaban rápidamente en aquellos extraños círculos que las hacían invulnerables al ataque de los aparatos de Harry.

Realizada esta operación conectó de nuevo con el Cuartel General de Chester.

—Bien, viejo —fue la alegre salutación de éste —creo que hemos conseguido detener a esos monstruos infernales que se dirigían hacia nosotros.

—Por ahora, sí. Espero que mientras los tenéis inmovilizados hallemos alguna manera de poderlos destruir.

—¿Puedo intentar algo?

—Por ahora, no. Creo que cualquier intento que hagáis personalmente había de ser fatal para nuestras fuerzas.

—Bien, viejo Harry.

—Bajo a comunicar con el General Jefe Garmak, para explicarle la situación del frente.

—De acuerdo. Quizás yo le vea dentro de unos momentos y le haré un informe.

—Hasta la vista, Harry.

—Hasta la vista, Chester.

Harry ordenó al jefe del grupo que no cesara su vigilancia sobre aquel frente, al objeto de obligar a aquellas extrañas esferas a

permanecer en la actitud inmóvil que habían adoptado. Una vez transmitida esta orden dirigió su aparato hacia el Cuartel General.

CAPITULO XVI

HARRY había ido a rendir un informe a Acrón. En aquel momento se encontraba reunido con éste y con Garmak. Los tres hombres habían discutido ampliamente las múltiples facetas de la situación.

—Creo —resumía Harry en aquellos instantes— que si bien no hemos encontrado la fórmula de derrotar a nuestros enemigos, por lo menos hemos conseguido inmovilizarlos.

—Evidentemente —repuso Acrón— se trata de unas esferas radioactivas. Los informes que tengo sobre las mismas revelan que son esferas con radiaciones Alfa.

—Una cosa no veo clara —intervino Garmak— y es ¿qué es lo que debemos hacer para despejar esta situación?

—Creo tener la solución —dijo el anciano.

—Y ¿cuál es? —dijo Harry a Garmak ansiosamente.

—De momento no puedo revelarla. Necesito completar algunos informes, es decir, confirmar los que ya poseo. Tengan la seguridad de que serán los primeros en conocer mi decisión.

Uno de los ayudantes de Acrón interrumpió, tras haber solicitado permiso para entrar.

—¿Qué sucede, Daram?

—Comunica el Cuartel General de Kalium —fue la respuesta.

Acrón pulsó un botón que estaba en la mesa de su despacho y una pequeña pantalla se iluminó frente a él. El rostro de Kalium apareció en ella.

—¡Dime, Kalium! ¿Qué sucede?

—Acrón, los hombres de Alfa vuelven a atacar. Las esferas han comenzado a rodar de nuevo hacia nuestras líneas.

—¿Las han atacado las formaciones de aparatos?

—Si, pero en esta ocasión sin resultado. Avanzan sin perder el contacto establecido. Tanto nuestras bombas atómicas, como las desintegraciones en cadena que provocamos en las proximidades de estas esferas, son totalmente ineficaces.

—¿Qué dirección siguen ahora?

—Parece que orientan su avance hacia la ciudad de Togur.

—Está bien, Kalium. Infórmame de cualquier otra circunstancia

o detalle que pueda ser de interés.

—Así lo haré, Acrón.

La cara de Kalium se borró de la pantalla y Acrón desconectó la comunicación.

Los tres hombres se miraron durante unos segundos en silencio.

—Bueno. Creo que debo incorporarme a mi puesto de mando —dijo Harry.

—Lo mismo pienso —apuntó Garmak—. La situación se va poniendo difícil y será preciso lanzar todas nuestras fuerzas para ver de conseguir un resultado favorable.

—Está bien —dio Acrón—. Incorporaos a vuestros puestos. De todas formas creo que no debéis ofrecer excesiva resistencia al avance de estas esferas. Al menos mientras no se encuentre el procedimiento para atacarlas con éxito.

—Haremos lo que sea posible hacer —contestó secamente Garmak.

Los dos hombres se despidieron de Acrón y, poco después se dirigía cada uno hacia su puesto de mando.

Harry pasó por encima del aeródromo general, donde estaban estacionadas sus fuerzas y comunicó por telerradar para que otro de los grupos allí estacionado partiera en su seguimiento. Unos minutos después, la poderosa formación improvisada por Harry llegaba al campo de batalla.

En efecto, aquellas extrañas esferas seguían su marcha en grupos circulares; pero esta vez Harry se llevó una gran sorpresa. Ya no avanzaban solamente aquellos mortíferos ingenios, sino que detrás de ellos, la infantería de Alfa caminaba hacia las posiciones de Togur. Asimismo las esferas que atacaban el frente mantenido por Chester habían empezado a engrosar las del sector Sur, mientras Chester, Roick y Tamor libraban un combate más igualado con las fuerzas de la infantería de Alfa, produciéndose muchas bajas por ambas partes.

Las últimas oleadas de hombres de Alfa, es decir, los que estaban más alejados de las esferas que iban en vanguardia, eran fácil presa para las armas de los aparatos de Togur; pero aquellos otros hombres que iban más cerca de las esferas mostraban su invulnerabilidad de la misma manera que la habían mostrado ya varias veces los ingenios que les precedían.

Harry ordenó una y otra vez el vuelo rasante al objeto de abrir brecha en aquellas oleadas de enemigos; pero excepto los resultados ya dichos anteriormente, nada nuevo pudo conseguir. De todas formas dio orden a su Cuartel General de que se pusieran en vuelo

todas las fuerzas aéreas a su mando y, poco después, el campo de batalla era sobrevolado por éstas.

Mientras varios grupos de aparatos cubrían con un inmenso techo el ejército que atacaba por la zona Sur, un desplazamiento y una breve ojeada de Harry hacia la zona Norte, que mandaba Chester, le pudo convencer de que el enemigo había reanudado también allí su ataque. En aquellos momentos el ala que mandaba Tamor iniciaba un ataque de flanco para librar de una catástrofe el ala mandada por Roick, quien en aquellos momentos era el centro de la presión enemiga en el sector Norte. La proximidad de los dos contendientes convenció a Harry de la imposibilidad de atacar con sus naves aéreas.

El ejército de Alfa, que atacaba por el sector Sur, había profundizado extraordinariamente su ataque, ya que las esferas tenían ante sí un camino perfectamente llano, que facilitaba extraordinariamente su avance. Los montes, en el sector que se encontraba Chester, hacían más difícil este ataque, aunque las esferas subían maravillosamente las laderas de las montañas; sin embargo, la necesidad de avanzar en círculos cerrados les dificultaba mucho el camino por aquel sector accidentado.

Durante varias horas el ejército de Alfa fue penetrando por el sector Sur hasta que llegó a divisar en la lejanía la ciudad de Togur. Harry comunicó desde su avión con Kalium para ver que es lo que podía hacerse.

—No puedo decirte nada, Harry —fue la contestación—. Estoy tan desconcertado como tú mismo. Estos endiablados hombres de Alfa son invulnerables a nuestras armas.

— ¡Pero la ciudad de Togur va a caer en sus manos!.... —replicó Harry desesperadamente.

—Me temo —dijo Kalium con voz lúgubre— que poco o nada podemos hacer para evitarlo.

Harry cortó la comunicación para dar paso a otra con Garmak.

—Harry —le dijo Garmak—, te comunico que las fuerzas de reserva aéreas van a ser trasladadas más allá de Togur.

—Comprendo la medida —dijo Harry—, de lo contrario pronto caerían en poder de los hombres de Alfa.

—Desgraciadamente esa es la verdad. Espero que la Providencia nos ayude.

Harry cortó la comunicación y, desesperadamente, comenzó a vagar de uno a otro sector, observando cómo se iba avanzando por instantes sin que les fuera posible ofrecer una real y verdadera resistencia. Cinco horas después el ejército de Alfa se encontraba a

unos quince kilómetros de la ciudad de Togur. La vanguardia de esferas radioactivas se detuvo y asimismo lo hizo la infantería. En este momento Acrón comunicó con Harry:

—Retírate ahora mismo con todas tus fuerzas a la parte Sur de Togur.

—No pretendo discutir la orden —dijo Harry—, pero no sé que podemos conseguir con ello. Creo más oportuno continuar ejerciendo una estrecha vigilancia sobre el ejército de Alfa, al objeto de aprovechar cualquier circunstancia que permitiera un ataque efectivo.

—Es inútil, Harry. Nacía pueden hacer nuestros aviones contra ese ejército. Retírate a la parte Sur y ven luego a mi Cuartel General.

—¡A sus órdenes! —dijo Harry.

Dio las instrucciones necesarias a todas las formaciones de aviones, que fueron a aterrizar a unos veinte kilómetros al Sur de Togur.

Apenas descendió de su aparato tomó un pequeño vehículo y se dirigió rápidamente hacia la ciudad. Pocos segundos después entraba en el puesto de mando de Acrón. Su sorpresa fue relativa al encontrar allí a Kalium, a Garmak y a los principales ayudantes de Acrón.

—No tenemos mucho tiempo que perder —dijo Acrón—. Voy a explicar brevemente la verdadera situación en quo nos encontramos.

Todos guardaron un ansioso y respetuoso silencio.

—Las esferas que tan eficaz servicio están haciendo a los hombres de Alfa, son poderosos focos de radioactividad alfa. Esto quizá nos dé la victoria en un breve plazo.

Todos le miraron sorprendidos y, más que nadie, Harry mostró su asombro.

—Cuando oigo esas palabras se me llena el corazón de alegría; pero quisiera saber algo más —dijo Harry.

—A ello voy. Esas esferas son masas de materia cargada con partículas alfa. Las partículas alfa son átomos de helio, es decir, átomos constituidos por dos protones, o sea dos átomos de hidrógeno, los cuales están cargados con electricidad positiva.

Todos asintieron, comprendiendo perfectamente la explicación.

—Pues bien —continuó el anciano—, a dos kilómetros de Togur y rodeando la ciudad existe un campo electromagnético, que nosotros podemos poner en acción con una potencia casi ilimitada. Y ahí el por qué afirmar que pronto obtendremos la victoria.

Cuando las esferas entren en ese campo de acción pondremos en marcha el campo electromagnético Con una intensidad de diez mil millones de electrón-voltios. De esta manera conseguiremos cargar las esferas con cargas electronegativas, las cuales producirán la desintegración por fusión, de estas esferas.

Todos se admiraron de las palabras de Acrón, pero éste no les dio tiempo para intervenir.

—Acompañadme.

Rápidamente salieron del despacho de Acrón y so dirigieron hacia un inmenso laboratorio instalado en los subterráneos del edificio. Un nutrido grupo de científicos manipulaba unos aparatos.

—¿Cuál es la situación? —preguntó Acrón a uno de aquellos hombres.

—Todo está preparado, Acrón. El campo electromagnético puede entrar en acción tan pronto lo desees.

—¿Cuál es la posición del ejército enemigo?

—En este momento —respondió otro de los científicos— ha iniciado su avance.

Al decir esto accionó una pequeña palanca y una gran pantalla telescópica, de unos veinte metros de larga, mostró al ejército de Alfa que seguía profundizando por el sector Sur.

—¿Qué tiempo tardarán en llegar a ponerse en contacto con el campo electromagnético?

—Según la velocidad que llevan —fue la respuesta del encargado de este control— tardarán todavía unas horas.

—Está bien —dijo Acrón—. Esperaremos.

Harry miraba todo completamente sorprendido. Desconocía la función de todos los instrumentes que allí se encontraban; pero admiraba sobremanera la capacidad de aquellos hombres para resolver los complicadísimos problemas técnicos que suponía toda aquella organización y aquel laboratorio. Ya ninguno de aquellos hombres se movió del interior de aquella pieza.

En la pantalla telescópica se seguía, paso a paso, la marcha de los hombres de Alfa, mientras el ejército de Togur retrocedía en una defensa elástica.

Garmak, desde el interior mismo del laboratorio, comunicó con el segundo jefe del sector Sur, que en aquel momento mandaba las fuerzas en retirada.

—¡Dime, Garmak!

—Es preciso que dejéis pasar al enemigo.

—¿Cómo dices? —dijo Bramo, en el colmo de la sorpresa.

—Sí. Abrid nuestra infantería en dos alas hacia los flancos del

enemigo, retirándoos en las direcciones Este-Oeste con toda la velocidad posible.

—Está bien. Voy a poner en práctica la orden —dijo Bramo.

Pocos minutos después pudo seguirse en la pantalla la maniobra de Bramo. En el mismo centro del frente de contención se fue abriendo una brecha al correrse los hombres del ejército de Togur hacia los sectores Este-Oeste. Los hombres de Alfa detuvieron un instante su paso, sorprendidos ante aquella maniobra; pero luego, seguros de su invulnerabilidad, continuaron avanzando, convencidos de que Togur, que se encontraba a poca distancia ya y con el camino expedito, iba a caer en breve plazo en sus manos.

Los minutos fueron pasando lentamente. Los encargados de los distintos servicios de aquel laboratorio inmenso iban anotando datos que comunicaban rápidamente a Acrón. Por fin se oyó la noticia esperada.

—Acrón —dijo el jefe del laboratorio—, las esferas del ejército de Alfa han entrado en contacto con el campo magnético.

—Está bien —dijo Acrón—, dejadlas que profundicen algo más.

Lentamente fueron profundizando las esferas en lo que se consideraba zona del campo magnético.

Harry interrumpió los pensamientos de Acrón.

—Creo que debo marchar a reunirme con mis fuerzas. Si realmente la operación va a tener éxito, nuestros aviones serán extraordinariamente eficaces para destruir y derrotar a la infantería de Alfa.

—Me parece que es lo mejor —dijo Acrón—, En cuanto se desintegren las esferas, nuestros aviones deben atacar a la infantería enemiga, que ya no se encontrará bajo la protección de estos ingenios de guerra.

Harry salió precipitadamente del laboratorio y se incorporó a sus fuerzas a la mayor brevedad posible. Inmediatamente impartió una orden:

—¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Partimos al combate!

En breves instantes todas las formaciones aéreas que mandaba Harry se lanzaron al espacio, y a toda la velocidad de sus motores se dirigieron hacia el campo de batalla. Poco más tarde volaban sobre éste.

Harry ordenó un vuelo circular a 5.000 metros de altura y conectó su televisor para ver lo que sucedía en el suelo. Las esferas iban avanzando…

De pronto comenzaron a refulgir con un destello cegador, mil veces más potente que el que llevaban unos segundos antes.

Terriblemente cargadas de electricidad negativa comenzaron a repelerse mutuamente, como si se tratase de las bolas de un inmenso juego de billar que se movieran a impulsos de un genio maléfico. Los choques se producían entre ellas incesantemente y aumentó la intensidad de su resplandor. Después de esto un terrible centelleo inundó la superficie de Togur en que se encontraban aquellas diabólicas esferas. La luz era tan cegadora que Harry tuvo que apartar unos momentos los ojos de aquel sector. Parecía como si se hubieran abierto las puertas del infierno, mostrando una visión aterradora. Durante varios segundos continuaron las inmensas llamaradas y explosiones que ascendían hacia los cielos, junto con un centelleo inmenso y, después, una espesa capa de humo y vapores cubría como un sudario la zona donde se habían producido las explosiones atómicas de las fantásticas esferas.

Harry comprendió que una buena parte del ejército de Alfa debía haber sido destruido por las propias explosiones de las esferas; pero no sería extraño que los más rezagados, los que atacaban en la última oleada hubieran podido sobrevivir a aquella tremenda catástrofe.

Conectó con los jefes de vuelo y dio una seca orden:

—¡Pronto! Vuelo en picado. Hay que destruir al enemigo. Atacad a discreción.

Rápidamente comenzaron a picar todos los aparatos hasta sumergirse en aquella grandiosa nube de humo y vapor. Volando con el piloto automático, Harry consiguió llegar a unos seiscientos metros del suelo. La nube de humo había comenzado su ascenso hacia las alturas y en la zona más inferior apenas si se extendía una leve bruma sobre el campo de batalla. Una ojeada le bastó para percatarse de toda la grandiosidad de la tragedia. No existía ya ni rastro de las esferas del pueblo de Alfa. A lo largo y ancho del frente una gran multitud de hombres de Alfa yacían por el suelo exánimes y sin vida. Las últimas oleadas de atacantes se retiraron rápidamente sin poder comprender todavía lo que había sucedido.

Los aparatos de Harry entraron en acción, acrecentando el desconcierto y la muerte. Durante varias horas continuó aquella lucha despiadada, mientras los hombres de Alfa, desesperados, se retiraban en bandadas hacia el cráter del cual habían salido para emprender aquella acción de destrucción y muerte.

Transcurrido este tiempo, Harry dio una orden a las formaciones de aparatos de reintegrarse a su base, y él mismo comunicó con Acrón para dar un parte que decía: «VICTORIA SOBRE EL ENEMIGO».

CAPITULO XVII

A partir de este instante la situación se fue precipitando. El ataque de flanco iniciado por Tamor contra las fuerzas que presionaban en el sector Norte, produjo gran desconcierto en el enemigo, lo cual contribuyó a desarticular sus líneas. Esta situación fue aprovechada por Chester que ordenó a Roick pasar al contraataque, consiguiendo en pocas horas una aplastante victoria sobre sus enemigos. Luego, y en días sucesivos, la guerra se redujo a la persecución de grupos aislados de hombres de Alfa, los cuales eran destruidos o hechos prisioneros por el ejército de Togur.

Harry y sus fuerzas aéreas no cesaban un segundo en la constante y despiadada persecución de los enemigos. Todas las fuerzas aéreas que mandaba Kalium, como jefe supremo, estaban desplegadas en una amplia zona, al objeto de evitar que algunos grupos armados de Alfa pudieran extenderse hacia otros puntos de la superficie del planeta donde poder pasar inadvertidos para reemprender más tarde las operaciones.

Poco a poco fueron destruidos los hombres de Alfa o hechos prisioneros, y el pueblo de Togur, aún lamentado la breve pero cruenta guerra y tanta muerte sobre la superficie de aquel planeta, sintió en su corazón la alegría de la victoria y el retorno de la paz. En la gran ciudad Togur, como en las más lejanas de Togur-Beta y Togur-Gamma, que eran los otros dos grandes centros urbanos de este pueblo, que afortunadamente no habían sufrido las consecuencias de la guerra, reinaba gran alegría y todos se dedicaban a celebrar la victoria

En estos momentos se realizaba una gran reunión en el auditorium de Togur, con asistencia de todos los jefes del ejército, científicos y colaboradores más íntimos a Acrón. Harry y Chester recibieron abrazos y felicitaciones por todas partes. Su leal y valiente comportamiento hacia aquel pueblo, que tan buena acogida les había prestado desde el primer momento, sabían ser apreciadas en su justo valor y todos consideraban como un altísimo honor estrechar sus manos y ser sus amigos. En aquellos instantes Acrón terminaba su discurso, en el que hacía un resumen de lo que había sido la cruel guerra:

—...El brillo de nuestra victoria se ve empañado por las consecuencias de la misma. El egoísmo y la incomprensión de nuestros hermanos de raza nos ha llevado a sembrar la destrucción y la muerte, cuando no es ese el destino para el que ha sido hecho el hombre. Estoy seguro de que esto servirá de lección a todos aquellos en cuyo corazón anide la soberbia y el deseo de imponerse a los que, pacíficamente, pretenden laborar por el bien y el derecho común. Quiero rendir un homenaje a todos los que estáis aquí, los que habéis llevado el peso máximo de las operaciones, así como también a nuestro pueblo, que ha sabido responder con perfecta disciplina y esforzado ánimo en este momento crucial. La guerra ha terminado y pido a Dios que nos dé fuerzas, no sólo para restañar las heridas materiales que nos ha producido, sino también las que ha dejado en nuestro corazón.

Una gran salva de aplausos acogió las palabras finales de Acrón. Luego, éste, impuso silencio con un gesto de la mano.

—Quiero deciros también que el pueblo de Togur debe rendir un especial homenaje a dos hombres, cuya audacia y valor ha contribuido sobremanera al éxito de nuestro pueblo. Se trata de dos extranjeros a los que no ligaban otros sentimientos que los imperativos de la gratitud y de la justicia. Estos dos extranjeros, a quienes ya conocemos por sus nombres, Harry y Chester, han sido no sólo una ayuda formidable, sino un maravilloso ejemplo, que viene a recordarnos que el corazón del hombre aún conserva elementos fundamentales y que son precisamente los que justifican el que haya sido elegido como rey de la Creación. Desde esta tribuna y en el nombre del pueblo de Togur les rindo un homenaje de gratitud.

Esta vez la ovación fue estruendosa e interminable; Harry y Chester se miraban emocionados y, hombres modestos, como corresponde a los verdaderos héroes, se sentían ruborizar hasta la raíz de los cabellos. Inútilmente se esforzaban en frenar las manifestaciones de entusiasmo de los allí reunidos. Por último se repitieron los abrazos y parabienes y terminó la sesión.

Lentamente fue vaciándose el gran auditorium y Harry y Chester salieron en animada conversación hacia el exterior.

—Ha sido un momento inolvidable, Harry.

—Sí, Chester. Uno de esos momentos que llenan para siempre de satisfacción la vida de un hombre.

—¿Recuerdas nuestro largo viaje desde la Tierra? ¿Recuerdas los momentos de desesperación en los que parecía inútil el proseguir la lucha?

—Esto nos demuestra que el hombre nunca debe darse por vencido. Estábamos destinados para esta empresa y estoy contento, Chester, de haber podido devolver a nuestros bienhechores ciento por uno.

Chester, que miraba en la dirección de un pequeño grupo que caminaba a su derecha, interrumpió a Harry.

— ¡Perdóname! Pero tengo que hacer algo. Te veré luego.

Harry vio sorprendido cómo Chester se separaba rápidamente de su lado e iba en dirección de aquel pequeño grupo, del cual separaba a uno de los acompañantes. Harry fijó su atención y vio que se trataba de aquella deliciosa muchacha que se llamaba Tamor. Comprendió las prisas de Chester y se dirigió hacia su casa con una sonrisa en los labios.

* * *

En efecto, Chester había trabado conversación con Tamor.

—Ha sido maravilloso, ¿no? —comentó la muchacha.

—Eso estábamos diciendo Harry y yo.

—Lo que ha dicho Acrón sobré vosotros es cierto; todo el pueblo de Togur conoce hoy vuestros nombres y los reverencia.

—Creo que ha exagerado un poco el buen anciano —respondió Chester modestamente—. Creo que el noventa por ciento de mis méritos se deben a ti, Tamor.

—¡Qué tontería! —respondió la muchacha.

—Sin tu ataque de flanco mal lo hubiera pasado el ala mandada por Roick y en la que yo me encontraba en aquellos momentos.

—¡Bah! La cosa no tiene importancia. Después de todo no hice nada más que obedecer las órdenes que tú me diste.

Los dos seres continuaron su camino. Chester se empeñó en acompañar a Tamor hasta su casa, cosa que consiguió tras vencer una ligera y formalista resistencia por parto de ésta.

—Bueno, ya hemos llegado—dijo la muchacha.

—Eso parece —contestó Chester entristecido—. ¡Es una lástima que vivas tan cerca!

—¡¿Cerca?! ¡Si estamos andando más de una hora!

—Pues me ha parecido un minuto.

La muchacha lanzó una alegre carcajada al aire.

—Y allá, en la Tierra, ¿eran todos tan embusteros como tú?

Esta vez fue Chester el que se rió de buena gana, mientras enlazaba las manos de la muchacha. Durante unos segundos se miraron intensamente a los ojos. Luego Tamor apartó la mirada, mientras un ligero rubor teñía sus mejillas.

—Bien. Creo que debo retirarme ya. Estoy cansada y hambrienta.

—Quiero pedirte un favor.

—¡Dime! ¿Qué quieres?

—Como sabes, desde que estoy en este planeta apenas si he tenido tiempo de otra cosa que de luchar.

La muchacha lo miró con ojos interrogadores.

—Quiero decirte que me gustaría conocer un poco más a fondo la vida de este mi nuevo domicilio en el Universo y, especialmente, los diversos sitios a donde se pueda llevar a una muchacha bonita a cenar y a divertirse un rato por la noche.

—Está bien —dijo Tamor—. Yo te orientaré.

—Magnífico —contestó Chester—. Espero que empezaré a encontrarle a la vida ese agradable sabor que hace tanto tiempo que no experimento.

—¿Querrás también que te busque una muchacha bonita, no? —dijo Tamor maliciosamente.

Chester la miró profundamente con extremada seriedad y contestó con tono más firme:

—No te preocupes por eso, Tamor. Estoy seguro de haber encontrado ya a la muchacha más bonita que puede conseguirse.

Luego dio una vuelta y se alejó con pasos rápidos, mientras silbaba una alegre canción.

CAPITULO XVIII

HARRY y Chester pasaron unos días de agradable descanso. Roick, que se había convertido en su inseparable y estimado amigo, los acompañó a todas partes, y durante varios días, a pesar de las restricciones de movimiento que habían sido nuevamente puestas en vigor, disfrutaron excepcionalmente de un avión, con el que se alejaron a grandes distancias, haciendo unos conocimientos más generales y directos de lo que era la superficie de aquel planeta. Por las noches, Chester salía con su guía femenina, lo cual le inyectaba una dosis de alegría y buen ánimo que le duraba todo el día siguiente.

Harry dedicó especial atención a los progresos técnicos de aquel pueblo, la mayoría de los cuales fue asimilando con rapidez, gracias a la profunda preparación que había adquirido en la Tierra. Alguna vez sentía que su mente era asaltada por un recuerdo extraño, el recuerdo de aquella mujer que habla visto aprisionada en el transparente bloque de la bio-cripta, el recuerdo de la Madre Amak. La impresión que había recibido la primera vez que la vio no sólo no se había borrado de su mente, sino que se había acrecentado con el recuerdo de la serena perfección de aquella mujer, cuya apariencia y la leyenda del pueblo había convertido en casi un ser sobrehumano. Los días iban pasando y, aunque Harry había procurado hundirse en las tareas que se habla impuesto, cada vez era más obsesionante el recuerdo de aquella mujer. Estaba deseando volver a hacer una visita a la bio-cripta de la Madre Amak, pero no encontraba el momento preciso para solicitar de Roick que lo acompañara.

Un día Harry y Chester recibieron un mensaje de Acrón, pidiéndoles que fueran inmediatamente a reunirse con él.

Cuando llegaron al gran edificio donde estaba la sede de la dirección del pueblo de Togur pudieron percatarse de que algo extraordinario sucedía. Otros hombres entraban al mismo tiempo que ellos en el edificio.

Uno de los ayudantes siguieron a su guía y, poco después, se introducían de nuevo en el gran auditorium, donde se reunió la sesión que daba cuenta del final de la guerra. Harry v Chester

saludaron a Garmak, Kalium y otros muchos de sus nuevos amigos que, al igual que ellos, habían sido convocados por Acrón. Unos minutos después, el mismo Acrón, acompañado de sus ayudantes más inmediatos, entraba en el auditorium y tomaba asiento en la presidencia. Cuando se hizo el silencio, Acrón tomó la palabra.

—Os he mandado llamar a todos para informaros de la grave situación porque atraviesa nuestro planeta.

El silencio más absoluto acogió las palabras de Acrón. Luego continuó:

—Como todos sabéis, los muchos miles de años de existencia de este planeta han determinado un crecimiento tal de su entropía, que la muerte del planeta se encuentra a pocos años de distancia. Este, antes de la guerra con el pueblo de Alfa, tenía asegurados unos tres mil años de existencia, pero la gran cantidad de energía liberada en esta terrible lucha ha acelerado de tal modo la entropía, que los cálculos más exactos, realizados por el grupo de sabios que llevan el control de esta circunstancia, dan como tiempo máximo de existencia a nuestro planeta y a todos los seres que lo habitan, la breve cifra de un año.

Algunos de los hombres allí reunidos, por pertenecer al mundo de la ciencia, oyeron sin inmutarse las palabras de Acrón. En la mente de casi todos ellos hacía días que se había abierto camino aquella idea, pero la mayoría de los demás asistentes mostraron una tremenda sorpresa al oír aquellas palabras.

—¿Eso significa que ya no nuestras vidas, sino nuestra civilización va a terminar? —preguntó Kalium.

—Ese es el pronóstico más probable que podemos hacer —dijo Acrón serenamente.

—Los hombres de Alfa podían haberse ahorrado su criminal ataque —dijo con amargura Garmak.

Acrón reanudó su discurso:

—Como sabéis, el estado actual de nuestra ciencia y la capacidad científica de nuestros sabios es impotente para resolver esta cuestión que es uno de los enigmas más insolubles de la Naturaleza. Solamente dos seres: Actor y la Madre Amak pueden intentar algo para evitar que se produzca la muerte termo-dinámica de nuestro mundo. Hace miles de años accedieron voluntarlos a permanecer en vida latente hasta que se produjera la situación a la que hoy nos vemos abocados. Así, pues, yo, Acrón, como jefe del pueblo de Togur, y cumpliendo con uno de los deberes y responsabilidades de mi cargo, he decidido, tras haber consultado con mis colaboradores, realizar la última parte de nuestro programa

que consiste en volver a la vida activa a la Madre Amak y a Actor, para que sean ellos, con su superior naturaleza mental, los que jueguen las piezas finales de esta partida en la que va en juego la existencia de nuestro mundo. Os comunico esta decisión y espero que vosotros, que representáis el cerebro y las Instituciones de nuestro pueblo, me déis vuestro consentimiento para realizar este acto.

Rápidamente fueron levantándose todos aquellos que representaban los distintos núcleos de Togur y con breves y sinceras palabras concedieron su autorización a Acrón y se pusieron a sus órdenes para desempeñar la acción que fuera preciso en esta nueva tarea.

Harry y Chester permanecían en silencio sin intervenir para nada. Ni una sola alusión se les hizo y consideraban que habían sido llamados por cortesía para que asistieran a aquella gran jugada final del pueblo de Togur.

Luego la reunión tomó unos derroteros más técnicos y se hizo una distribución de trabajo para todos los seres que estaban allí reunidos. Una vez levantada la sesión los asistentes comenzaron a dispersarse en dirección a sus casas y a sus tareas.

Harry y Chester fueron detenidos en la puerta por un emisario de Acrón que les invitó a seguirles.

Tras unos segundos de caminar detrás de aquel hombre llegaron a un pequeño salón donde les esperaba Acrón.

—He querido, como parte importante que sois de nuestro pueblo, ya que os considero hermanos de nuestra raza, que asistierais a esta reunión en la que he tenido que exponer !a grave situación a vida o muerte por la que atraviesa nuestro pueblo.

—Realmente, lo sentimos mucho —dijo Harry—. El corazón del hombre no se cansa de vivir y, sobre todo, espera que las conquistas por él realizadas permanezcan indefinidamente. No temo por mi vida, pero siento, sin embargo, que esta maravillosa civilización y que esta generosa raza se extinga.

—Yo soy optimista por naturaleza —dijo Chester—. Espero que esos dos fabulosos seres de los que usted nos ha hablado traigan la solución y despejen la angustia de este pueblo.

—Os agradezco vuestras palabras. La solución no es fácil. Actor y la Madre Amak son dos seres excepcionales, cuyos recursos no podemos preveer nosotros; pero, aun así, quizás el problema esté muy por encima de sus facultades —contestó Acrón.

—Esperemos que todo vaya bien —intervino nuevamente Harry —. En ningún momento debemos abandonar nuestra esperanza,

porque en estos casos puede a veces más la esperanza que la razón.

—Me reconforta oíros hablar así. Ambos conocéis el valor de la esperanza. Vuestro largo viaje desde vuestro desaparecido planeta hasta aquí es una prueba de ello. Por eso he querido hablar con vosotros ahora. Quiero que en todo mantengáis esos ánimos y ayudéis a los hombres que dirigen los destinos de Togur a luchar hasta el último momento, para conseguir la supervivencia de nuestra civilización y nuestro pueblo.

—Ten la seguridad, Acrón, de que lo haremos así —respondió Harry.

—Yo tengo motivos especialísimos para hacerlo —dijo Chester, en cuya mente se dibujaba el perfil de Tamor, en quien creía haber encontrado un motivo de futura y maravillosa felicidad.

—Bien —contestó Acrón—, dentro de unos días comenzaremos la operación de devolver la vida activa a Actor y la Madre Amak. El tiempo urge para que hagamos esto cuanto antes; pero necesitamos prepararnos, pues, aunque están todas las medidas tomadas, no es fácil realizar esta operación con dos seres que están miles de años en vida latente. La más grave desgracia de nuestro pueblo sería que estos seres murieran en el tránsito de la vida latente a la vida activa, por error o por fallar alguna de las complicadas operaciones que tenemos que hacer.

—Los hombres de Togur pueden contar con nosotros para lo que sea —repuso Harry—; desde ahora nos consideramos hermanos de ellos y nuestros destinos van ligados a los suyos.

Acrón acogió con una sonrisa de satisfacción estas palabras. En estos momentos uno de los ayudantes de Acrón pidió permiso para entrar.

—¿Qué quieres, Talka?

—Unos de los hombres de Togur-Gamma desean verte, Acrón. Son portadores de un mensaje.

—Hazles pasar.

Unos segundos después se introducían en la habitación tres hombres que con paso firme acortaron la distancia hasta encontrarse cerca de Acrón.

—Somos portadores de un mensaje del directorio de Togur-Gamma.

Harry estaba mirando a aquellos hombres y una vaga sensación de intranquilidad le invadió. Quizás los acontecimientos de los últimos días le habían sensibilizado de una manera especial y sus nervios se encontraban sobreexcitados. En realidad no había nada en aquellos hombres que justificara su aprensión; si acaso un brillo

especial en la mirada.

Acrón se levantó.

—Sed bienvenidos. ¿Cómo se encuentra el anciano Ram?

—Está bien, Acrón. De él te traemos un mensaje.

Acrón tendió su mano con un gesto amistoso y el jefe de aquella pequeña comitiva la estrechó largamente. Luego, tomaron todos asiento.

—El asunto que nos trae se refiere a ciertas dificultades por las que atraviesa nuestra ciudad. La guerra sostenida contra el pueblo de Alfa ha tenido, como consecuencia, que se haya desplazado hacia el pueblo de Togur-Gamma una gran nube radioactiva que pone en grave peligro la vida de sus habitantes.

Acrón se pasó la mano por la frente y un gesto de cansancio se dibujó en su cara.

—¿Y las torres de desintegración?

—Están funcionando perfectamente, pero tememos que no sean suficientes para evitar una catástrofe.

—Entonces...

La frase quedó cortada en los labios de Acrón. Una palidez mortal le invadió el rostro y el gesto de su mano se relajó hasta dejarse caer pesadamente a su lado. Harry y Chester se precipitaron hacia el anciano. Los ojos de éste comenzaron a adquirir una opacidad que no presagiaos nada bueno.

—¿Qué le sucede? —preguntó Harry nerviosamente.

—No sé... Parece como si...

El anciano no pudo terminar la frase. Una respiración descompasada comenzó a levantar su pecho con un ritmo irregular.

— ¡Pronto, Chester! ¡Llama a alguien!

Chester salió corriendo de la habitación para pedir auxilio a los servidores de aquel lugar. Harry cogió al anciano en sus poderosos brazos y lo depositó en una especie de sofá que había adosado a la pared. Acrón había cerrado sus ojos y su respiración se hacía extraordinariamente fatigosa. Harry puso la mano sobre su pecho y pudo observar que el corazón de aquel anciano latía débilmente. Con gestos enérgicos le desabrochó la ropa y, no encontrando otra solución mejor, intentó un masaje a la altura del corazón.

Quizás se trataba de un colapso. Los últimos acontecimientos habían minado la salud de aquel hombre magnífico y quizás este era el momento de rendir cuentas al exceso de trabajo y tensión nerviosa que había padecido últimamente. El anciano abrió los ojos en un gran esfuerzo:

—Alfaneutrium —dijo con debilísima voz.

Harry apenas si pudo comprobar lo que decía.

Luego, Acrón, continuó con voz apagada.

— ¡Apártate de mí!... ¡No me toques!...

De pronto, la luz se hizo en el cerebro de Harry. El había oído esta palabra. Sí, la habían pronunciado los hombres de Alfa cuando se encontraba prisionero. De alguna manera había que relacionar el repentino ataque de Acrón con los hombres de Alfa. Se volvió para ver a los visitantes y tuvo una gran sorpresa al observar que habían desaparecido. Levantose de un salto y se dirigió en veloz carrera a la salida de aquella habitación. En este momento entraba Chester, acompañado de cuatro o seis servidores de Acrón.

—¿Qué sucede, Harry?

Harry no contestó a la pregunta y salió corno una tromba. Como un loco corrió por aquellos pasillos, bajó por las escaleras y salió a la calle. Las muchas personas que había en aquel edificio lo veían pasar entre asombrados y sorprendidos.

Cuando Harry salió a la calle miró en todas direcciones. En aquel momento, los hombres que habían venido de Togur-Gamma intentaban subir a un pequeño vehículo de transporte. Harry dio una voz y se dirigió hacia ellos en veloz carrera. Estos aceleraron sus movimientos para entrar en el vehículo. Harry tuvo el tiempo justo para coger por las ropas al último que faltaba entrar y que era el que se había dirigido a Acrón. El hombre inició un gesto de violencia que fue respondido por un tremendo puñetazo de Harry que lo lanzó al suelo. Los demás hombres que habían entrado en el vehículo no esperaron, le dieron al acelerador y el vehículo salió disparado. Harry se volvió hacia su contrincante que en aquel momento se abalanzaba sobre él con una furia homicida reflejada en los ojos. La fuerza del impacto lanzó a Harry al suelo, momento que aprovechó para lanzarse sobre él su enemigo; pero una hábil maniobra de Harry con las piernas consiguió voltear a su contrincante por encima de su cabeza. Luego, se levantó como una centella y sin darle tiempo a reaccionar lo alzo en vilo y le asestó un golpe tremendo en el cuello que dio con el hombre en el suelo, dejándole sin sentido.

Del edificio donde residía Acrón habían salido varios hombres que, en aquel momento, se acercaban al lugar de la lucha. Rápidamente se abalanzaron sobre el enemigo de Harry.

—Procurad que no se mueva —dijo Harry—. Tened mucho cuidado con él. Atadle las manos a la espalda.

En unos segundos fue realizada la operación ordenada por Harry. Luego, éste, se alisó el cabello, puso en orden sus ropas v

ordenó:

—Traedlo.

Entre dos hombres cogieron en vilo a la víctima de Harry, que continuaba sin sentido, y se encaminaron todos apresuradamente hacia el edificio de Acrón.

Cuando Harry entró en la habitación donde estaba el anciano el gesto de los allí presentes le advirtió de una grave desgracia.

—¿Qué ha sucedido?

Chester se volvió hacia Harry:

—Ha muerto.

Después de estas palabras todos guardaron un pesado silencio, hasta que un hombre de mediana edad tomó la palabra.

—Sí; nuestro jefe ha muerto.

—Y ¿cuáles son las causas?

—Eso es lo sorprendente —dijo el interlocutor de Harry—. Ha muerto con la sangre envenenada por una fuerte descarga de radioactividad.

En este momento entraban los hombres que llevaban al que decía llamarse representante de Togur-Gamma.

—¿Qué es lo que ha sucedido aquí? —preguntó el hombre que había diagnosticado la muerte de Acrón.

Harry hizo un breve relato de lo sucedido.

—No consigo comprender cómo es posible que Acrón haya sufrido esa terrible descarga de radioactividad.

—No hay más que una explicación. Los delegados de Togur-Gamma.

La atención de todos se dirigió hacia aquel hombre que estaba en el suelo sin conocimiento.

—Que lo registren —dijo Harry.

Dos hombres registraron minuciosamente al prisionero; pero no encontraron nada que se pudiera parecer a un arma capaz de producir una descarga de radioactividad. Harry miraba aquel ser y de pronto tuvo una idea.

—¿No será un hombre de Alfa?

—No —dijo uno de los allí presentes—. Los hombres de Alfa tienen los ojos ligeramente fosforescentes.

El médico de Acrón se inclinó y abrió los ojos cerrados de aquel hombre. Sus ojos conservaban un extraño brillo, pero no como para identificarlo con el de los hombres de Alfa.

De pronto, uno de los presentes dio un grito.

—¡Cuidado, hay radioactividad en la habitación!

En efecto. El contador de radioactividad que llevaba este

hombre en la muñeca acusaba una oscilación de la aguja indicadora. Harry casi le arrancó el contador y lo acercó al individuo que tenía a sus pies. La aguja comenzó a moverse más aceleradamente.

—Sí; la radioactividad procede de este hombre.

El médico de Acrón se arrodilló y empezó a recorrer el cuerpo con el contador de radioactividad. Cuando lo acercó a la mano derecha, la aguja marcó el máximo.

—Es un hombre radioactivo —dijo secamente.

La mayor parte de los allí presentes tuvieron un movimiento instintivo de retroceso.

—De momento no es demasiado peligrosa la radioactividad, si no hay un contacto directo. Es precisamente por su mano por donde se produce la descarga —dijo el médico.

—No comprendo qué explicación podrá tener esto —añadió al cabo de unos momentos.

—Yo sí creo tenerla —dijo Harry—. Los hombres de Alfa hablaban de una sustancia llamada Alfaneutrium que detenía la radioactividad. Quizá este hombre vaya revestido de una débil capa de esta sustancia y sólo su mano ha quedado libre de ella. Al estrechar la mano de Acrón le transmitió la descarga que le ha producido la muerte.

El médico cogió una pequeña navaja, raspó un poco en el cuello del hombre, luego aplicó el contador de la radioactividad y la aguja volvió a marcar el máximo.

—Es cierto —dijo—. Este hombre va recubierto de una fina película transparente y flexible, de una materia que detiene la radioactividad. En cambio su mano está libre de ella.

Todos los presentes se miraron consternados.

—Al fin —dijo Harry— los designios criminales de los hombres de Alfa han tenido éxito en el mejor de los hombres de Togur.

Un hombre, que había permanecido silencioso hasta aquel momento, tomó la palabra.

—Amigos, atravesamos un momento grave. Es preciso comunicar a los demás consejeros do Acrón la triste desgracia que ha caído sobre nuestro pueblo. Por el momento, ordeno a todos guardéis el máximo silencio sobre este asunto hasta que hayamos podido tomar las medidas necesarias.

Harry miró conmovido al anciano Acrón que yacía en el sofá, donde él lo había dejado. Su noble cara, nimbada por la blanca aureola de su cabello, había recobrado la serenidad y se mostraba a los presentes con un gesto de maravilloso equilibrio. Sin poderlo

evitar una lágrima le asomó a los ojos. Lo sacó de su ensimismamiento la voz del que había tomado, por el momento, la jefatura del pueblo de Togur, pues se trataba del primer ayudante de Acrón.

—Ahora más que nunca —dijo— es preciso volver a la vida a Actor y a la Madre Amak, pues el destino de nuestro pueblo está pendiente de un hilo finísimo.

Los hombres se fueron retirando y Harry y Chester, conmovidos, se dirigieron hacia sus habitaciones. En el corazón y el pensamiento de ambos hombres se suscitaba una pregunta angustiosa: «¿ESTARIA VIVIENDO TOGUR EL ULTIMO MINUTO DE SU HISTORIA?»

F I N

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

ULTIMOS TITULOS PUBLICADO

25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. Whit*
28.—Destructores de mundos, *Alf Regaldie.*
29.—D-3 Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de N[illegible]um, *George H. Wh*
36.—La guerra verde, *George H. White.*
37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*
38.—Los hombres de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva Patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipsedón* sucumbe, *Walter Carrigan*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres-planta, *G. H. Wh*
46.—El azote de la humanidad, *George H. Wh*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Wnters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Grandson*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley.*
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H. White.*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley.*
60.—Extraño Visitante, *George H. White.*
61.—Más allá del Sol, *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley.*

La mente humana es inagotable, pero el mundo físico parece complacerse en presentar al hombre problemas cada vez más difíciles

EL PROFESOR HASLEY

aborda en esta nueva novela de la

Colección Luchadores del Espacio

El problema más inquietante que tiene planteado la humanidad:

ENTROPIA

Esta palabra es, quizás, la que encierra el concepto más trágico de todos los tiempos:

LA MUERTE TERMO-DINAMICA DEL UNIVERSO

¿Qué harán los seres de Togur? ¿Podrán resolver este angustioso problema? ¿Podrá el excepcional cerebro de la Madre Amak y de Actor hallar solución a un problema que desconcierta a los hombres de ciencia de nuestros días?

EL PROFESOR HASLEY

en un magnífico esfuerzo, se anticipa a plantear un problema que será inevitable dentro de un millón de años

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: **5** *pesetas.*